



EL TEATRO ESPAÑOL EN LOS TIEMPOS ANTIGUOS

I

Castigat ridendo amores.



A dicho un escritor contemporáneo con sobrada razón para ello, «que la escena española ha pasado acaso por más vicisitudes que la de ninguna otra nación de Europa.» Como es natural, nuestro teatro ha sido siempre fiel reflejo de nuestras costumbres, y ha experimentado constantemente todas las alternativas consiguientes á las diversas condiciones de la sociedad.

Tuvimos un tiempo en que las representaciones teatrales se verificaban en los templos, si bien es verdad que los asuntos en su mayor parte tenían un origen religioso, pero algunas veces falseado con apariciones monstruosas é infernales que venían á castigar al pecador, al incrédulo, etc.; apariciones que en muchas ocasiones provocaban la hilaridad de los que acudían al templo con designios devotos. Esto dió lugar á que se desterrasen de los templos aquellas representaciones de los llamados *autos sacramentales*, que excitaban la irreverencia en la llamada casa del Señor.

Acaso nuestros lectores, al repasar las disposiciones de la autoridad eclesiástica y civil que vamos á insertar más ade-

lante, pensarán ver un ataque desmedido á un espectáculo que hoy tiene por objeto entretener agradablemente y moralizar al hombre (1). Porque *castigat ridendo amores* debe ser la misión de la comedia en todos los pueblos. Pero ni en tiempo de Felipe II, ni en los períodos que precedieron á Felipe IV pudo considerarse el teatro como ejemplo de buenas costumbres. Sabido es que la escena española espiró en brazos de Cañizares, y que la invasión de Comeya y Rey atestaron la escena de ridiculeces, y fué necesario para atraer al público alimentarle con chistés de mala ley, por medio de obscenos entremeses, de picantes tonadillas y malos sainetes, hasta que apareció el bueno de Moratín con su nueva escuela.

Las disposiciones que vamos á insertar revelan por su contexto la existencia del mal que era preciso evitar por los que debieron corregirlo oportunamente. Felipe IV las evitó con el ejemplo de sus autores favoritos, aunque no siempre fueron dóciles á la práctica de la buena moral en la escena, pues la enseñanza que se desprende de las comedias «de capa y espada,» con sus galanes y tapadas, con sus raptos y secuestros, sus homicidios y asesinatos, pocas veces justificados en la trama y desenlace de la obra, no era la más aceptable para los padres de familia; pero al menos aparece desde Felipe IV la escena española con otras formas más dignas y honestas que las de épocas anteriores. El mismo monarca, que era buen poeta y tenía gran gusto literario y un buen sentido escénico, como puede verse por sus propias obras (2),

(1) En el siglo actual los teatros se han multiplicado en todas las naciones, y el mismo proporcional aumento se nota en las escuelas de declamación, que las hay en todos los países. Actualmente existen en Europa hasta 1.661 teatros. De esos hay en Francia 397; en Italia, 346; en España, 178; en la Gran Bretaña, 130; en Alemania, 294; en Rusia y Polonia, 14; en Bélgica, 34; en Holanda, 23; en Suiza, 20; en Suecia y Noruega, 48; en Dinamarca, 15; en Portugal, 26; en Turquía, 4; en Grecia, 4; en Rumanía, 3, y en Servia, 1.

(2) Las escribió con el pseudónimo de *Un Ingenio de la Corte*, y en los certámenes literarios que daba en el Buen Retiro se leyeron de continuo obras y versos suyos que denotaron en él sus condiciones de poeta mejor que las de Rey.

procuró reformar la situación relajada del teatro español.

Pero á la muerte del monarca-poeta, y apenas subió á su trono en 1665 Carlos II, su sucesor (llamado por unos *el Hechizado* y por otros *el Imbécil*), la reacción político-moral que se operó en España fué tal que cundió á todas las capas sociales de la Nación. Y confesemos que en esta lucha que la libertad entabló con la reacción, las letras fueron las que salieron peor libradas, y con las letras el arte escénico que, como el pictórico y el escultural, no podían vivir bajo las ferradas verjas de los templos cristianos, quedando á merced cómicos y autores de los alcaldes de cárcel y corte, en su mayoría familiares todos del Santo Oficio.

II

Pero hemos adelantado, y hemos adelantado mucho si nos comparamos con los hombres y con las cosas del siglo pasado. Por ejemplo, se creía el siglo XVIII que el teatro era la escuela del vicio y los toros el templo de la moral. Un actor era un vagamundo, que, como Molière, no encontraba á su muerte ni un puñado de tierra que le cubriera. La Iglesia le negaba su bendición, le cerraba su puerta y le anatematizaba como á un endemoniado. Exactamente lo mismo que había hecho en el siglo V con los que se dedicaban á elaborar el vidrio y lo que hizo en el XIV con el inventor del reloj. Á todo el que hacía algo nuevo le arrancaban la vida á tenazazos ó le asaban vivo en el quemadero, para que muriese caliente. Juan de Hus y Galileo, esto es, dos mesianistas del bien y de la libertad, el primero héroe de la emancipación de la conciencia, el segundo matemático que descubrió el movimiento de la tierra, fueron también víctimas de aquella negación fatídica que oponían nuestros mayores á todo el que tenía el valor de querer decir una verdad. ¿Qué más? Hasta en estos tiempos han querido persistir en su loca ceguedad nuestros padres. Prohibían el ferroca-

rril, mientras excomulgaban el telégrafo eléctrico. Y consecuente la Iglesia con sus principios, quiso resistir hasta en estos últimos días en su espíritu reaccionario, que le llevó al delirio con la última declaración dogmática de la infalibilidad (1).

Pero confesemos ingenuamente que éste ha sido eternamente el mal que han tenido los hombres de Roma, y no nos apartemos del objeto principal de este artículo, que es decir algo del teatro en los tiempos que pasaron.

III

Quemar á las gentes vivas porque no se hacían cristianos, acudir á los toros y á los torneos, no practicar los humanos fines de la filantropía y encerrarse en vida en un monasterio para librarse así de los altos deberes con que el hombre nace en la tierra; todo esto era moral, justo, equitativo, y sobre todo altamente religioso.

Creer con los ojos tapados era la fe, emblema de todo cristiano.

Abrir los ojos á la razón, querer el libre examen, era herético.

No se discutía la Iglesia, ni el libro, ni la palabra del sacerdote.

Se decía que el teatro era malo y los toros eran buenos, sin que nadie osara sostener lo contrario.

Por supuesto que abrir ahora un libro escrito por hombres

(1) En 18 de Julio de 1870, conmemoración de San Federico y Santas Sinfrosa y Marina, los padres de la Iglesia, congregados en Roma, verificaron por la mañana la votación de la infalibilidad Pontificia en esta forma: En pro, 533 prelados; abstenidos, 90, y en contra, 2. El Concilio quedó suspendido hasta San Marcos, y Pío IX infalible por 533 *falibles*. Los prelados católicos que obedecen al Papa son 1.127, de manera que ni por la mitad mas uno de este número el Papa es infalible. ¡Digno es de meditarse este asunto!

de aquellos tiempos, para defender las costumbres y las ideas de los que fueron nuestros abuelos, es tanto como proponernos á pasar un rato delicioso, feliz y hasta entretenido.

En la segunda mitad del siglo XVIII hubo un fraile llamado el P. Antonio Arbiol, que debió ser una notabilidad cuando logró pasar por sabio entre los teólogos, tanto que á su capacidad mereció el ser nombrado Obispo de Ciudad Rodrigo. Y lo mejor de este sabio teólogo es su famoso libro *Estragos de la luxuria y sus remedios*, obra que publicó allá en los comienzos de 1726, y que por donde quiera que se abra hace reír á un muerto. Por ejemplo, el capítulo VII, en que sin compasión la emprende con los cómicos y los pone como chupa de dómine, no tiene desperdicio. Después de leer el libro del Obispo de Ciudad Rodrigo, no acertamos á comprender á nuestros hombres del siglo pasado, y mucho menos si repasamos esos *cronicones* milagreros y esas historias que vomitaban los conventos para solaz y entretenimiento de las gentes desocupadas y devotas, que debieron de ser, por lo común, todos los españoles y aun los que vivían inmediatos á ellos.

El juicio que tenían los religiosos del teatro y de las obras dramáticas era de lo más raro y extravagante que pensar puede cualquier loco de manicomio, tanto que nosotros no podemos decir si el autor de los *Estragos de la luxuria y sus remedios* escribía de broma, ó si las ideas que expone en su célebre libro eran realmente suyas. El referido capítulo VII, que lleva por tema: *Incentivo vehemente de luxuria, que ay en las Comedias profanas y en las Fábulas amatorias y en la lición de sus libros*, es un ejemplo vivo de las ideas que dominaban á los hombres de la Iglesia en los siglos anteriores, y hemos de copiarlo aquí íntegro, para vergüenza de los que aún suspiran por lo pasado, permitiéndonos solamente hacer por nuestra parte algunas anotaciones.

Hé aquí el concepto que el teatro merecía á Fray Antonio Arbiol, Obispo electo de Ciudad Rodrigo, según copiamos literalmente de su libro, al capítulo citado, y que dice así:

IV

«El insigne padre de la Iglesia católica San Isidro dice que los primeros autores de las comedias profanas fueron los demonios, los cuales, en tiempo de los romanos gentiles y en ocasión que padecían grandes trabajos, les hablaron sus simulacros para que aplacasen á sus falsos dioses con esas torpes representaciones, que son fomento de feísimos vicios (1).

»Cuatrocientos años después de la fundación de Roma (2) dice San Agustín que los romanos enviaron á los comediantes á la provincia de Histeria, de donde tomaron el apellido de *Histriones* (3), que con feas representaciones y juegos torpes divertían al pueblo. Por lo cual desde entonces los far-santes se llamaron histriones, que quiere decir hombres de juegos, chanzas y burlas.

»El mismo San Agustín refiere que el Demonio se le apareció á Tito Latino (4), senador romano, estando durmiendo, y le dixo (5) que volviese á hacer y representar las comedias públicas con que el pueblo gentil se divertía mucho y vivía en su libertad. Esta doctrina del enemigo infernal siguen muchos malos cristianos, dice el Santo (6), porque

(1) Esto es groseramente una bufonada. No puede, como serio, ni aun impugnarse. Bien que así se discurría el pasado siglo por la mayoría de frailucos y monjes que sostenían las imprentas, infestando el mundo de libros como éste.

(2) De bien largo lo toma este historiador.

(3) Será nombre, y no apellido, Fray Arbiol.

(4) Era Tito Livio, historiador latino, pero no *latino* de apellido.

(5) No es más feliz que el anterior este otro cuento, que hace reir por lo falso y lo insustancial.

(6) Desde Lope de Vega hasta Salas, esto es, desde el siglo XVI hasta los tiempos presentes, más de 400 autores eclesiásticos han sostenido en España los teatros con sus dramas, tragedias, comedias, loas y entremeses, sin

no buscan sino los placeres torpes de este mundo maligno.

»San Cipriano dice que la ruina fatal de los pueblos cristianos son las farsas y comedias profanas, porque con ellas se fomentan los vicios y se destierran las buenas costumbres, como nos lo enseña la experiencia (1).

»San Juan Crisóstomo (2) persuade con eficacia que no se tolerasen las comedias y representaciones profanas, porque de ellas, dice el Santo, salen los discursos para fraguar los delitos que tal vez se pensaban. De ellas sacan lecciones para no ser castos los mozos, para ser adúlteros los casados, para perderse las doncellas recatadas, para manchar los matrimonios y para destruir las casas, honras, haciendas y vidas (3).

»El insigne Tertuliano (4) dice que las farsas y comedias profanas son la peste de las ciudades y de los pueblos cristianos. Son la cátedra de pestilencia donde se enseñan todas las maldades juntas. Son el incendio voraz de toda concupiscencia y torpeza. Regularmente cuanto hay en las comedias profanas es torpísimo; las acciones, las palabras, los adornos, los meneos, los cantos, las músicas, las melodías y los melindres lascivos con que hechizan, no sólo á los mancebos y jóvenes de pocos años, que los abrasan en torpezas, sino también á los ancianos, que los irritan en lascivia rabiosa (5).

»San Juan Crisóstomo persuade que las comedias profanas son escuela de los vicios y universidad de iniquidades,

que sepamos que Tirso de Molina, Solís, Feijóo, Lope de Vega, Calderón y otros eclesiásticos, modelo de virtudes, se desdeñaran de fomentar en el pueblo la afición al teatro.

(1) En estos tiempos, como en todos, el teatro ha sido la escuela de la moral; por eso se dice de él: *Llorando y riendo corrige las costumbres*.

(2) Siempre con autoridad ajena, sin duda para echar el muerto á otro. Esto no es muy cristiano.

(3) No pueden darse más atrocidades en tan pocas palabras.

(4) Quinto Séptimo Tertuliano, en su obra *Contra los espectáculos*, no dice nada contra el teatro. Censura á los malos actores y á las malas obras, y anatematiza los vicios de su época, que se reflejaban, más que en otra parte, en el teatro.

(5) ¡Qué juicio tan raro del teatro!

como de la lengua indómita lo dijo el Apóstol Santiago: *Et lingua ignis est, universitas iniquitatis*. Allí aprenden las adúlteras sus traiciones, las doncellas lo malo que no saben, y todos y todas lo que no les conviene para su honestidad y decencia ni para la salvación eterna de sus almas. Allí se fraguan discordias y riñas y muchos homicidios. Aquellas estultas (1) risas son ocasión de muchos llantos. Las comedias profanas son el arcaduz (2) del infierno, por donde se comunica la maldad y la malicia. Los comediantes son los portadores del diablo para introducir en los reinos los nuevos trajes escandalosos con que destruyen el mundo y relajan las buenas costumbres. Todo es del citado Santo.

»Las comedias profanas están prohibidas en ambos derechos, y declarado por «oficio vil de los farsantes,» como lo prueba el apostólico Padre Fray José de Villalba en su *Antorcha espiritual*. Allí cita por su sentir á San Agustín, con una prueba eficaz y bien autorizada, donde se puede ver (3).

»Muchos graves teólogos, con el angélico doctor Santo Tomás, afirman que si los comediantes representan cosas torpes y amores lascivos, pecan mortalmente por la ocasión de pecar en que ponen á los pueblos que los oyen (4). Así lo llevan Cayetano, Paludano y Silvestre.

»El derecho canónico, como una autoridad de San Cipriano, niega la Sagrada Comunión á los comediantes profanos (5). Porque le pareció al Santo que se afectaba la pureza de la Santa Iglesia y se ofendía al Señor de la Majestad con tan infame contagio.

(1) ¿Sandias?

(2) ¿Acueducto?

(3) En ninguna de sus obras habla el sabio africano del teatro, de los cómicos, ni de las representaciones dramáticas. Sus obras, *Confesiones, La imitación, La Ciudad de Dios, Tratados de la Gracia y del libre albedrío*, las conocemos, y ni de los cómicos, ni de las cómicas habla en ellas el sabio Obispo de Hipona, que escribía en fines del siglo IV y principios del V (395-430).

(4) Ni en la *Summa theologiæ*, ni en *Suma de la fe católica contra los gentiles*, únicas obras que se conocen de Santo Tomás, se habla palabra de los cómicos.

(5) ¡Buena fraternidad evangélica para con los pobres cómicos!

»En el Código se prohíbe que puedan ser sacerdotes los farsantes. Y en la Secta Synodo general, congregada por el Papa Agatón y el Concilio de Laodicea, en tiempo de San Dámaso, y el Aretalense en tiempo de San Silvestre, dispone que todos los farsantes sean apartados de la Sagrada Comunión si no quisieran dejar este mal oficio.

»En el Concilio cartaginense IV fueron excomulgados los que en las fiestas van al teatro de las comedias profanas, y en los Derechos canónico y civil se hallarán muchas prohibiciones contra los farsantes; y también los sagrados Concilios citados por el apostólico Villalba condenan por malas las comedias profanas, porque en ellas se destruyen las buenas costumbres y se ocasionan muchas culpas en las almas.

»Las farsas son el estrago de los reinos católicos, contagio de los pueblos y ruina de las virtudes castas y santas. Por el servicio de Dios y del bien público, dice San Cipriano (1), se deberán desterrar los farsantes del mundo y obligarlos á que busquen otro oficio con que vivan y hagan penitencia de las culpas propias y de las que han ocasionado con sus torpes representaciones.

»El celoso Príncipe de la Iglesia, mártir insigne San Cipriano, compuso un opúsculo divino, que le intituló *De spectaculis*, donde dice horrores de los farsantes y comediantes, confirmando lo que dejamos dicho, que el demonio los introdujo en el pueblo cristiano, y por nuestros pecados les ha buscado valedores autorizados para fomentar nuestra ruina espiritual.

»Hace una investidura fervorosa contra los católicos, que á título de diversiones olvidaban las admirables que refieren las Divinas Escrituras, y todas criaturas visibles del cielo y de la tierra, que nos guían al conocimiento de nuestro Dios y Señor, buscan las engañosas y torpes que nos enseñan las farsas y comedias profanas.

(1) El Obispo de Cartago fué un fanático monomaniaco. Censuró al Papa Esteban por haber bautizado á unos herejes arrepentidos. ¿Qué tal sería la humildad del Obispo? Su carácter díscolo, más que su fe cristiana, le proporcionó el martirio en 258.

»El peligro de la perdición de las almas en tales divertimientos es notorio, dice el Santo; pues mirando á las comedias adornadas, y sabiéndose y complaciéndose los hombres en sus vistas, meneos, bailes y palabras afectadas, como las pinta Salomón á las mujeres perdidas, no es fácil de librarlos de delectaciones amorosas, que son pecados mortales.»

.....

V

Tales son, pues, las ideas que el Obispo de Ciudad Rodrigo expuso en su libro condenando el teatro. No es posible discurrir más peregrinamente. Sus citas, las palabras de tanto doctor en la teología, como Fray Antonio Arbiol evoca, sirven, más bien que para condenar, para vindicar á los actores, al teatro y al sentido común, que tan malparados salen en el libro *Estragos de la luxuria y sus remedios*, publicado en Barcelona el año de 1736, y dedicado nada menos que á la Virgen del Pilar.

Pero convengamos que el cerebro de las inteligencias españolas estaba enfermo, cuando todas las eminencias pensaban como Fray Antonio Arbiol. ¿Y era extraño esto? Después de los siglos XVI y XVII, en que todos los hombres de talento quemaron su incienso á los errores de la época, el siglo XVIII no podía saturarse del legado de sus anteriores. Si estudiamos detenidamente todo aquel largo período, veremos cómo de tal manera la intolerancia religiosa había arrebatado á los españoles en el siglo XVIII toda noción de justicia y todo sentimiento humano, que los grandes escritores, es decir, el cerebro nacional, los que por sus hábitos debían conservar las ideas de tolerancia perdidas para el pueblo, no sólo citan con fruición los autos de fe, sino que les dan un carácter de sacrificios gratos al Dios del Gólgota. ¿Se quiere mayor insulto para el que murió en la cruz perdonando á sus propios verdugos?

Causa asombro y lástima al mismo tiempo que el divino Calderón, poeta y cristiano, un genio, un sacerdote de espíritu recto y de corazón cándido, tenga palabras de elogio para las hecatombes del Santo Oficio.

En su comedia *El sitio de Breda*, con motivo de un combate parcial entre los soldados católicos de Espínola y los protestantes flamencos, se lee lo siguiente en honor de los guerreros vencedores:

«MEDINA. ¡Cuál huyen los villanos!
 ALONSO. ¡Oh, qué maldita canalla!
 Muchos murieron quemados,
 Y tanto gusto me daba
 Verlos arder, que decía,
 Atizándoles la llama:
 «Perros herejes, ministro
 Soy de la Inquisición Santa.»

Á no sernos conocido el noble carácter del poeta, creeríamos que fué un malvado execrable. Pero no, Calderón no puede escribir estos versos; los escribió el espíritu de su siglo. Creámoslo así, siquiera no sea más que para descargo del inmortal autor de *La devoción de la Cruz*.

Pero después de esta indulgencia por nuestra parte para el célebre Calderón, hemos de confesar que el espíritu de los tiempos llevó á nuestros mayores á los más grandes desatinos. Por ejemplo, en el teatro, ya vemos cómo discurría, un siglo después que Calderón, el Obispo electo de Ciudad Rodrigo, y con él la mayoría de los hombres que más motivos tenían para ser ilustrados, discretos y tolerantes, y por tanto buenos pensadores.

Á este mal respondía el espíritu dominante de aquella sociedad embrutecida por la fe que no le dejaba pensar y fanatizada por la superstición. No se comprende, si no, cómo hasta los reyes y hasta los poetas venían á servir de satélites á los que dirigían la opinión del pueblo, en aquellos tiempos de fatal recordación.

VI

Veamos esta verdad por lo que desde el siglo XVI pasó con el teatro.

Conocióse en España este género de espectáculos en tiempos del Emperador Carlos I de España y V de Alemania.

En el mismo siglo, después de subir al trono Felipe II, sufrió sus vicisitudes tan grata diversión, tanto porque el espíritu de la época y cierta parte de la sociedad, respetable por cierto, le hacía cruda guerra, cuanto porque los autores y actores escribían y representaban con una libertad que más bien, y al decir de ciertos cronistas religiosos, pudiera llamarse licencia. Ambos motivos dieron margen á que en 1598 reclamasen contra el espectáculo en cuestión el titulado Sabio Consejo de Castilla y el Prelado de Granada, en virtud de lo cual se pidió informe á una Junta de teólogos, que lo evacuó puntualmente, y le insertaremos aquí para que el lector conozca el fundamento legal y estilo chocarrero de la Junta, y las vicisitudes por que atravesó el espectáculo teatral hasta el reinado del monarca Fernando VI.

Hé aquí este curioso documento, con la propia ortografía con que le encontramos en el original:

Parecer del señor García de Loaysa y de los muy RR. PP. Fr. Diego de Yépes y Fr. Gaspar de Córdoba, sobre la prohibición de las comedias, en vista de representaciones del Consejo de Castilla y de D. Pedro de Castro, arzobispo de Granada y despues de Sevilla.

«Habemos visto los papeles tocantes á las comedias y á la consulta del Consejo, y decimos, segun la doctrina de los santos doctores, intérpretes de la Sagrada Escritura y luz de la Iglesia, que V. M. debe desterrar de estos reinos

»las comedias que ahora representan, por los muchos inconvenientes que de ellas se siguen y grandes daños que hacen á la república, los cuales es mejor que lo digan los mismos santos que nosotros.

»El glorioso obispo y mártir Sanct Cipriano dice: «Verás en los teatros cosas que causan dolor y vergüenza, porque en ellos se recitan y representan al vivo los parricidios é incestos para que no haya olvido de las maldades que en algun tiempo se cometieron, y entiendan los hombres que se pueda hacer lo que se hizo, y nunca la maldad se acabe con el tiempo, ni se entierre en el olvido, antes sea ejemplo lo que dejó de ser pecado y gusten de oyr lo que se hizo, para imitallo.» Allí se aprende el adulterio, las traças y marañas y cautelas con que han de engañar al marido, cómo se han de aprovechar del tiempo y criados de la casa, y lo peor es que la matrona y doncella que por natura vino á la comedia honesta ó movida de la suavidad de los conceptos y ternura de palabras, vuelve deshonestas: allí se estrayan las buenas costumbres, recibe daño la virtud, foméntanse los vicios, crecen y aumentanse las maldades.

»¿Qué otra cosa (dice Lactancio) enseñan los ademanes y meneos de los representantes sino torpezas? ¿Qué hará la juventud sino inflamarse en torpe concupiscencia viendo que se representan semejantes cosas sin empacho y vergüenza, y son vistas de gentes graves con aplauso y alegría, y no sólo los mozos, pero aun los viejos caen en semejantes desconciertos? Y así San Juan Crisóstomo, abominando de las comedias, llama en diferentes lugares á estas representaciones «chátedra de pestilencia, obrador de luxuria, escuela de incontinencia, horno de Babilonia, fiestas é invención del demonio para destruir el género humano, fuente y manantial de todos los males.» ¿Qué hay en los teatros sino risa, torpezas, pompa infernal, derramamiento de corazones, empleo de días sin provecho y apercibimiento para la maldad?

»Allí se conciben los adulterios, se enseñan los amores deshonestos, porque es escuela de destemplanza é incentivo de lascivia; porque, dice, si en las iglesias donde se

» cantan salmos y predica la palabra de Dios, y están los
 » hombres con recogimiento y reverencia, muchas veces le
 » saltea el ladrón de la concupiscencia y mal deseo. ¿Cómo
 » es posible que en la comedia, donde sin recato no se oye sino
 » palabras torpes, suavidad de voces é instrumentos músicos
 » y pervierten los corazones, se pueden escapar de tan do-
 » mésticos y peligrosos enemigos? añade San Clemente Ale-
 » jandrino. ¿Qué torpes dichos no se representan en estos
 » teatros? ¿Qué cosa hay tan fea que en ella no se represen-
 » te? ¿Qué palabras tan desvergonzadas que no las digan por
 » mover á risa á los que las oyen? (I).

» Tertuliano llama á los teatros sagrarios de Venus, con-
 » sistorios de deshonestidad, adonde no se tiene por bueno
 » sino lo que en otras partes se tiene por malo. San Agustín
 » llama á los teatros pública profesión de maldades. Salviano,
 » Obispo de Marsella, que floreció por los años de mil y cien-
 » to y que fué muy justamente llamado maestro por sus gran-
 » des letras y santidad, dice hablando de los teatros: «Son
 » tales las cosas que allí se hacen, que no puede nadie decir-
 » las ni acordarse dellas sin gran lástima: los otros pecados
 » comunmente infiernan uno de los propios sentidos ó poten-
 » cias, como los feos pensamientos el ánimo, la vista impú-
 » dica los ojos, las palabras deshonestas los oídos; pero en
 » las comedias ninguna de estas partes está libre de culpas,
 » porque el ánimo arde con el mal deseo, los oídos se ensu-
 » cian con lo que ven, y son tan perniciosas las cosas, que
 » no se pueden declarar sin vergüenza; porque ¿quién podrá
 » contar sin cubrirse el rostro, los fingimientos descompues-
 » tos y abominables, que son tales que nos obligan á ca-
 » llarlos?»

» Otros pecados hay, aunque graves, que se pueden repre-

(I) Como notará el discreto lector, toda esta argumentación de García de Lolaysa, Yepes y Córdoba sirvió para que Fr. Antonio de Arbiol, en defecto de razones propias, llevase las citas y palabras de San Agustín, Tertuliano, San Crisóstomo, etc., etc., á su libro *Estragos de la luxuria y sus remedios*, contra el teatro y los pobres actores, que tenían la desgracia de merecer las iras de los PP. Teólogos, Doctores de la Iglesia católica.

»sentar sin menoscabo de la honestidad; pero las torpezas
 »de las comedias son tales, que no se pueden tomar en la
 »boca sin daño del que las vitupera; y refiriendo Salviano
 »las maldades que había en su tiempo, por las cuales casti-
 »gó Dios gravísimamente al mundo y se perdió el Imperio
 »Romano, pone los espectáculos y comedias, y dice en otro
 »lugar que antiguamente se preguntaba á los baptizantes si
 »renunciaban á Satanás, sus pompas y espectáculos, ponien-
 »do por obra del demonio las representaciones como cosa
 »inventada por él.....

.....
 »Destas representaciones y comedias se sigue gravísimo
 »daño, y es que la gente se da al ocio y deleyte y se divierte
 »de la malicia, y con los bailes deshonestos que cada día
 »inventan estos faranduleros, y con las fiestas, banquetes y
 »comidas, se hace la gente de España muelle y afeminada
 »é inhábil para las cosas del trabajo y de la guerra.

»Y á juicio de personas prudentes si el turco, ó xarife, ó
 »rey de Inglaterra quisiera buscar una invención eficaz para
 »arruinarnos y destruirnos, no la hallarían mejor que la de
 »estos faranduleros, pues aguisa de unos mañosos ladrones,
 »abrazando matan, y autorizan con el sabor y gusto de lo
 »que representan, y hacen mujeriles y flojos los corazones
 »de nuestros españoles.....

.....
 »Y últimamente, faltándoles las cosas que Sancto Tho-
 »más dice deben concurrir en las comedias para que sean
 »lícitas, como ahora faltan, de ninguna manera las pode-
 »mos aprobar; antes decimos ser la corrupcion de la repú-
 »blica y cebo con que se sustentan los vicios y pecados, y
 »que cualquier príncipe christiano debe desterrallas de su
 »reino y no dar lugar á que por la ley y sentencia suya se
 »qualifique lo que los sanctos con tanto fundamento deste-
 »rraron.....

.....
 »Y no se justifican el uso de las comedias con decir que
 »se quitaron los excesos, porque es moralmente imposible,
 »y así no se puede esperar reformation si no es quitándo-

»las del todo, y no se puede entender que la obra sea justifi-
 »cada haciendo ella misma informes á los que la ejecutan....

.....
 »Por tanto suplicamos á V. M. se sirva de considerar el
 »estado presente de la Santa Iglesia, y en particular el des-
 »tos sus reinos, y los trabajos que han padecido y padecen,
 »los cuales no podemos negar, sino que nos vienen de la
 »mano de Dios por nuestros pecados, y para aplacalle de-
 »bemos cortar las raices y ocasiones dellas.—*Fray Diego de*
 »*Yépes.*—*Fray Gaspar de Córdoba.*—*García Loaysa*» (1).

En virtud, pues, de esta consulta, mandó S. M. el Rey Don Felipe II suprimir las representaciones de las comedias y cerrar todos los teatros del reino, por la siguiente provisión real:

«DON PHELIPE, POR LA GRACIA DE DIOS, etc.

«Á vos Nuestro Corregidor de la Ciudad de Granada,
 »sépadés que Nos fuimos informados que en nuestros Rey-
 »nos hay muchos hombres y mujeres que andan en compa-
 »ñía y tienen por oficio representar comedias y no tienen
 »otro alguno de que sustentarse de que se siguen inconve-
 »nientes de consideración: y visto por los de nuestro Con-
 »sejo, fué acordado que debíamos mandar dar esta nuestra
 »carta para vos en la dicha razon. É Nos tuvimoslo por
 »bien. Por lo qual vos mandamos que por ahora no consin-

(1) No acertamos á creer que este documento sea de Fray Diego de Yépes, ni menos del Dr. García de Loaysa. El primero, Obispo de Albarracín, y después Arzobispo de Tarragona, escribió la *Historia de las persecuciones de Inglaterra* (1599), *Relación de la muerte de Felipe II* y la *Vida de Santa Teresa*, obras todas que denotan en su autor cierta cultura é ilustración, impropias de las vulgaridades en que se incurre en el escrito anterior. El Dr. García de Loaysa fué un prosista muy culto. Su obra *Collectio Conciliorum Hispanie* (1593) le acredita de teólogo y jurista consumado.

Suponemos por todo esto que el documento anterior sea obra de Fray Gaspar de Córdoba, autor de una epístola que se inserta en el tomo XXXII de la Biblioteca de Autores Españoles. (Madrid, Rivadeneyra, 1850-1857), y teólogo oscuro que en nada sobresalió, y menos en trabajos de investigaciones literarias.

»tais ni deis lugar á que en essa Ciudad ni su tierra las dichas compañías representen en los lugares públicos destinados para ello ni en casas particulares, ni otra parte alguna, y no fagades en de al (?), so pena de nuestra merced.

»Dada en la villa de Madrid á 2 de Mayo de 1598.—*El Licenciado Reverendo Vázquez de Arce.—El Licenciado Nuñez de Bohorque.—El Licenciado Tejada.—El Licenciado Don Juan de Acuña.—El Doctor Alonso de Anaya y Pe-
»reyra.»*

De todos estos documentos se desprende que la sociedad necesitaba en los siglos XVI al XVIII leyes que regularan la libertad de autores y actores.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.

(Se continuará.)





MONTSERRAT (1)

I

Salida de Barcelona.—Sabadell, Tarrasa, Olesa y Monistrol por defuera.—
Subida al Monasterio.—La cueva de la Virgen.—Una tormenta bajo nues-
tros pies.—La Salve.—Noche de luna.



ODAVÍA reinaba el silencio y la soledad en las ca-
lles de Barcelona cuando en demanda de la es-
tación de la línea de Zaragoza las atravesába-
mos. La incierta luz del amanecer delineaba
confusamente los edificios de la calle de la Princesa, tan
larga como desierta.

Momentos después el tren arrancaba dejando la ciudad
condal, recortada por las altas chimeneas que humeaban,
indicando la proximidad de la hora del trabajo. Allá en lo
alto de la montaña que avanza en el mar aparecía dormi-
do, fúnebre en su aspecto, el fuerte de Monjuich: aquella
guerrera cumbre no puede atraer las simpatías, repele, aun
cuando sea en momentos como éste en que el sol le envuelve
con sus brillantes rayos. En cambio las humeantes chime-
neas, cuyo negro vapor se eleva recto en el límpido cielo,
semeja el humo del incensario del trabajo, que sube á los

(1) Del libro inédito *Recuerdos de viajes*.

pies del Todopoderoso como ofrenda del hombre que cumple con la ley de la humanidad. De allí arriba, de aquel humo sólo sale la muerte: de éste, la vida; de aquella altura sólo salen lágrimas, ruina, desolación: del humo de las fábricas, la dicha, el bienestar, la paz.

Humo por humo, prefiero el de la fábrica; éste da pan, el del cañón le quita.

Embebido en estas reflexiones, sacóme de ellas el grito de ¡Sabadell, dos minutos! El sol inundaba completamente la población: su aspecto alegre y sonriente era completamente distinto á otros pueblos que habíamos visto en otras regiones de España. Aquellas casas, el campo, la vida, el movimiento y el ronco trepidar de los motores de las fábricas le daban un tinte de dicha y felicidad, de bienestar y riqueza que encantaba. Propiamente no he visto á Sabadell, pero su aspecto no le olvidaré nunca. Así como hay fisonomías que vistas no se olvidan, se graban tan tenazmente en nuestra memoria que es indeleble su recuerdo, lo propio sucede con algunas poblaciones que, sin reunir en sí condiciones especiales de belleza ni de encanto, las hemos visto en momentos en que la luz las iluminaba de tal suerte que su impresión se hace duradera. Pero el tren se ha puesto en marcha y el terreno comienza á accidentarse; ya ligeras colinas van levantando el suelo y escalonándose en hermosa gradación. Allá á lo lejos, en último término, una abrupta cumbre de extraña forma domina el paisaje: es Montserrat. Sus recortados picos, que desde aquí parecen rotos torreones de una fortaleza, se hallan envueltos en esa dulce neblina de la distancia, que con tanto embeleso borra los contornos, dándolos la vaguedad de las nubes. Allá, allá arriba mora luengos siglos la Virgen de moreno rostro, la patrona de Cataluña, y cuyo nombre sirve de egida á los pechos de este noble pueblo, adalid infatigable del trabajo, constante guerreador en otras edades en que llevó triunfante el glorioso pendón de las rojas barras por el Oriente y señoreó la Italia.

Nos aproximamos á Tarrasa; ya lo indican las altas y erguidas chimeneas, tan parecidas á palmeras sin follaje. Un

oscuro pero tenue velo de humo se cierne sobre la población; es el ambiente del trabajo, es el humo de la batalla de la vida, modesto y silencioso. Desde el vagón, y merced á los gemelos, descubro la mole de un antiguo templo románico y de un hermoso carácter. Un compañero de viaje que se prepara á bajar me dice que es la iglesia de San Pedro, y que Tarrasa se halla unida al pueblo de San Pedro de Tarrasa por un puente, y que entre ambas corre el torrente de Vallparadis (Valle paraíso).—El nombre no puede ser más poético, añado yo.—Y mucho más le hallara si le viese, contesta el amable viajero.

En tanto el tren ha entrado en la estación; mi compañero saluda cortésmente y deja el vagón. De pie contemplo, merced á los cristales gemelos que me acortan la distancia, el citado templo y su cuadrada torre; desde aquí veo sus ventanas partidas por elegante columnita y la tapiada arquería del ábside. Y al examinar aquellas pardas piedras, ennegrecidas por los años más que por el humo de las fábricas, creo ver en ellas al pesado peón cubierto de hierro, soldado de otros tiempos, contemplando desde aquella altura un combate moderno, en que la mecánica es la que pelea y el hombre quien sirve á la máquina.

Y pensando en estas cosas, el tren arranca de nuevo y nos engolfa en un dédalo montañoso; es la barrera que divide y separa el Vallés para entrar en la cuenca del Llobregat. La máquina silba continuamente y atravesamos algún túnel y galería, y caminando por entre sierras y boscaje, llegamos á la antigua Olesa, de aspecto sereno y melancólico como toda villa enclavada en el corazón de las montañas. Prontamente seguimos nuestra marcha, y algunos minutos después los mozos de la estación gritaban:

—¡Monistrol! ¡Viajeros de Montserrat apearse!

¡Qué hermoso valle! ¡Qué abruptas laderas cubiertas de vegetación! ¡Qué Llobregat más silencioso y plateado, desatando su curso por el fondo entre verdes arboledas y sombreado por el histórico monte cima de la fe, origen de poéticas tradiciones y faro de la esperanza de los corazones creyentes!

Desde aquí al Monasterio, que vislumbro agazapado al pie de aquellos ciclópeos torreones, hay que subir en cómodos coches provistos de excelente ganado mular. Bastantes viajeros se apoderan del interior y yo me encaramo al cupé; desde allí domino mejor el horizonte y puedo más desembarazadamente abarcar este hermoso paisaje. El tren se ha alejado con bronco mugidos, y todavía resuena el aire con los agudos gritos del silbato y la acompasada respiración del vapor. Los romeros, entre los que figuran elegantes damas, se hallan ya instalados en los tres grandes coches que componen la caravana: afortunadamente voy solo, tengo toda la banqueta á mi disposición.

En este momento oigo una campana, y entonces, bajando la vista del sagrado monte, veo en la margen derecha del Llobregat un pueblo de antiguo aspecto y oscuro color: es Monistrol, centinela avanzado del Monasterio cual guardían del revoltoso río. Las mulas parten y tomamos por una hermosa carretera que en breve nos coloca sobre el río, que atravesamos por un antiguo y alto puente de dos arcos, y nos hallamos casi á las puertas del pueblo.

De repente las mulas tuercen á la izquierda y dejamos á Monistrol á la derecha, y emprendemos la subida por hermosa carretera que se desenvuelve en amplio zig-zag. El día continuaba hermoso, espléndido, si bien por Nordeste se levantaban fantásticos castillos de blancas nubes que hacían temer, por el calor que sentimos, alguna tormenta. El aire cálido, puro y saturado con los fuertes perfumes de la montaña, llega hasta nosotros con intermitentes ráfagas. No obstante la fuerza del sol, aquel ambiente dilata nuestros pechos y nos deja en una dulce placidez y enervamiento que dilata con fuerza nuestros pulmones.

Ya la vegetación va cambiando: al elegante y severo olivo ha sustituido la sabina y el enebro; el palmito asoma entre las peñas, y retorcidos nopales, cual quiméricos seres, bordan los tajos y quebradas. El humilde espliego y el verde romero dejan arrebatarse por la brisa su perfume, que llega hasta nosotros, y se aleja á llevar el aroma de la montaña á las profundidades del valle, en que á cada momento

va apareciendo más estrecho el cauce de sus blancas aguas. Ya los peñascos, cual enormes torres, les vemos más próximos; ya su color blanquecino se destaca de las guirnaldas de verdura que penden de las grietas; ya, en fin, vemos un enorme muro con ocho órdenes de ventanas que señalan otros tantos pisos; es un lado del Monasterio que da al valle.

Largo rato continuamos así; ya llevamos tres horas de subida; son cerca de las dos; una pesadez soñolienta se apodera de nuestros ojos, fatigados con aquel exceso de luz tan intensa, con la reverberación de un sol que, á pesar de ser Septiembre, envuelve á la naturaleza en un calor que hace doblar el cáliz á las humildes florecillas de la manzanilla y las margaritas. Un poco más, y el sueño se apoderaba de mi cuerpo: las mulas caminan lentamente y con las largas orejas caídas y como dominadas por la somnolencia y el cansancio. El conductor por su parte ya no canta, y también lleva caída la cabeza sobre el pecho.

Una nueva vuelta del camino, que ya no asciende, sino que sigue la línea horizontal, parece animar al ganado y emprende un mediano trote. Óyense voces, y el Monasterio y los peñascos se nos vienen encima. ¡Hemos llegado! Otra nueva revuelta del camino nos hace ver la explanada en que se levantan los edificios, la iglesia, el Monasterio, las hospederías; ya todo lo abarco con una mirada. Ya el silencio cesó: romeros llenos de entusiasmo con ese concertado canto que tanto gusta á los catalanes, y en los que han llevado la palma en España, parten, entonan un cántico de antigua letra y música, y emprenden el descanso después de haber visitado á la Reina de las montañas. En cambio, por otro lado penetra en el recinto otra numerosa caravana en que hombres y mujeres, niños y ancianos vitorean á la Virgen y saludan á los que llegamos.

Los carruajes avanzan por una especie de ancha calle, y se detienen; hemos llegado. Echemos pie á tierra y desentumescamos nuestras piernas con un paseo. Avísame el mayoral que no me descuide en tomar número para mi cuarto, y me indica una especie de despacho en que ya aguardan algunos de los compañeros de viaje.

Pocos momentos después un monje aparece, y después de preguntarnos por el número de personas que componen cada familia, nos va entregando una llave con un tarjetón; llega mi turno, y el buen anciano, alegre, de franca fisonomía y de vivos ojos, me da una llave y me dice que el Monasterio nos da alojamiento por tres días.

Doy las gracias, tomo la llave y leo: San Luis, núm. 12. Al salir del despacho me pregunta un muchacho si quiero me acompañe á mi cuarto. Lo creo inútil, pues no llevo más equipaje que mi cartera y el lápiz, y lo que deseo es tomar algún alimento. Señálame un pequeño edificio, la fonda, y á ella encaminamos nuestros pasos.

Al subir, el muchacho me espera para guiarme adonde quiera ir. No soy aficionado á los guías, pero comprendo su utilidad en este dédalo de montañas, de riscos y de continuos peligros.

—¿Quiere ver la Virgen ó la cueva? Esto es lo primero que se visita por el romero.

—No quiero ser menos que los demás, ahora soy católico; primero la fe, luego el arte, la poesía, el sentimiento.

Emprendemos el camino de la cueva, estrecho, de erizados bordes, de selváticas plantas y ondulante cual la marcha de un reptil. Sigue las sinuosidades del terreno y se despliega colgado de las laderas de la roca, lleno de peligros como el camino de la vida. La cueva de la Virgen, es decir, el pequeño templo que hoy cobija á aquel afortunado hueco, lo veíamos allí mismo, en la estribación de aquel monte, y sin embargo, ¡cuánto hay que caminar comparado con la distancia!

Las revueltas le alejan; así sucede en el camino de la vida. ¡Cuántas cosas las vemos inmediatas, y no obstante, cuánto y cuánto tardamos en conseguirlas! Los enormes peñascos cubren el camino, y á nuestra izquierda, profundos derrumbaderos, en los que apenas vislumbramos su fondo entre los espesos jarales y espinos, nos atraen con esa seducción del peligro que parece llamarnos con su salvaje hermosura. Allá abajo, como una población de muñecas, vese á Monistrol, y allá lejos vislumbro un punto blanquecino perdido en las laderas; es la estación del camino de hie-

rro; debajo de nosotros el Llobregat da infinitas vueltas, como pesaroso de abandonar aquel inmenso pedestal en que descansa la imagen de María.

Henos en la puerta de la ermita. ¡Qué aspecto tan poético! ¡Qué hermosa naturaleza contrastando con aquella pequeña construcción agazapada bajo la peña y como queriendo esconderse en su seno! Sus tejados reciben el agua que baja del monte y la arrojan á aquel profundo tajo que va á morir en el mismo lecho del Llobregat. El silencio es inmenso, cual el horizonte y extensión de terreno que desde aquí dominamos; estoy solo; el guía se ha sentado filosóficamente en el saliente de una peña y lía tranquilo é indiferente un cigarro y se dispone á fumarle con calma, en vista de que yo me he sentado en el banco que sirve de baranda al precipicio, y desde allí contemplo, como suspendido de una roca, aquel mundo inferior y aquel caos de peñascos que se elevan sobre nuestras cabezas. El cielo, antes azul y espléndido, ha comenzado á cubrirse con las nubes que al Norte vimos esta mañana, y el viento ha cesado; ni la más endeble florecilla se agita en su tallo, y al buscar á Monistrol y al río no los hallo; un nuevo mar de cenicientas nubes los oculta y ruedan por debajo de esta altura como vemos rodar las olas desde la cubierta de un buque. La luz del sol, que comenzá á declinar por detrás del monte, forma sobre aquella masa de vapores largas estelas de luz, y los escuetos torreones de la montaña dejan caer sobre aquéllas extensas sombras formando un rayado de luz y oscuridad que hace semejar á la tormenta á una inmensa piel de leopardo. Una media oscuridad reina en el valle, que toma agrisadas tintas; en cambio, aquí arriba, el cielo permanece límpido y tachonado tan sólo de vellones de oro, que tal simulan los ligerísimos vapores que cruzan sobre nuestras cabezas. La calma es solemne, y aun á ello contribuye la soledad que me rodea. Nadie me ha seguido y soy el único que en esta quebrada de la montaña se halla.

Así permanezco todavía algunos minutos más, embebido ante aquel hermoso panorama, en esta separación de la sociedad, y aquí, en medio de esta espléndida muestra del

poder de Dios, me considero como solo, absolutamente solo, y que mis ojos, mi vista y mi alma disfrutaran de este balcón sin rival en el mundo.

De pronto oigo voces detrás de mí; voces de mujer, armoniosas, timbradas dulcemente con el encanto que presta siempre la mujer en medio del campo, embelleciendo con sus gracias la obra de Dios. Dirijo mi vista, y del modesto templo salían en aquel momento dos señoras en quienes reconozco á dos compañeras de viaje.

La edad entre ambas se marca perfectamente, lo propio que los rasgos de su fisonomía señalan la madre y la hija. Serena, tranquila, reposada y digna, con un aspecto de antigua estatua en sus nobles formas, brilla en su frente y limpia mirada la tranquilidad de su alma; la joven, la hija, pálida y ojerosa, luce en su blanco rostro unos ojos negros cuya intensa luz parece haber concentrado en ellos el fuego de la vida, de la juventud, y adivino en ellos un poema de dolor, de sufrimientos, una larga enfermedad, una pesada convalecencia. Y al verlas salir de aquel templo, de besar tal vez la roca en que, escondida por tantos años, permaneció la efigie veneranda de la Madre Dios, interna voz me indica: inclínate ante la fe, ante esa madre que hoy es báculo de su hija enferma, como ésta lo será mañana, cuando la salud reine de nuevo en aquel hermoso cuerpo y la ancianidad blanquee la noble cabeza de su madre. Salían indudablemente de cumplir alguna promesa de las que se hacen junto al lecho del enfermo en las angustiosas noches en que la vigilia fortalece nuestro espíritu, en terribles momentos, y buscamos en Dios consuelo á nuestras almas laceradas por el llanto y el dolor. Contemplélas con respeto y saludélas como á seres fortalecidos por la fe. Alejáronse y todavía quedé un buen espacio de tiempo viendo marchar cogidas del brazo á aquellas dos interesantes romeras. Cuando las vi desaparecer tras de un peñón de aquellos que avanzan y ocultan el camino, dirigíme á la capilla.

Una sencilla y elegante portadita bizantino-románica adornada con dos arcos y sus columnas de sencillos capiteles, da ingreso al pequeño templo y al que sirve de ábside la

misma peña. Un sencillo y modesto altar, en cuya hornacina no se ve imagen alguna, y tan sólo el hueco peñón, indica el punto en que fué hallada la Virgen del Montserrat, y ante este altar arden dos lámparas. Aquel altar, con sus mármoles y columnas, se despega; no parece aquél su sitio; yo mejor hubiera querido la roca desnuda de todo adorno, hubiera hallado mayor encanto y respeto sin aquellos adornos. ¿Qué más embellecimiento que dejar en su pura rusticidad el nicho que por siglos guardó en su seno á la sagrada efigie? El afán de embellecer muchas veces á lo que de suyo ya lo es, más perjudica que favorece al sentimiento. Cuanto tiende á rebuscado y encamínase á producir efecto, casi siempre produce el efecto contrario. Comparad el Jacob de Rivera, la Sacra Familia de Murillo con cualquier cuadro de composición y de figuras, y hallaréis que la sencillez y verdad de aquéllos os encanta, y en cambio el segundo os hace pensar en el arte y la factura. Una mesa sencilla, el hueco tal cual estaba y unas lámparas, llegarían más al corazón que esos atildamientos del artista, que cuanto más siente con más sencillez ejecuta. Hago caso omiso del marco y fijo mi pensamiento en el fondo; el silencio reina en torno mío; estoy solo, enteramente solo. Una luz tibia y misteriosa reina en la capilla, y mi imaginación me lleva á los siglos pasados, á aquellas lejanas edades de fe y de combate en que la poética leyenda cuenta la aparición de la Reina de los cielos en el hueco de este espantoso derrumbadero; si inaccesible hoy desde el fondo, ¿cuánto más lo sería entonces para llegar á este escalón de la montaña? Siglos y siglos pasó oculta á las miradas de cristianos y enemigos, siglos permaneció escondida sin más culto que el rumor de los vientos que agitaban el bosque, el canto de los pájaros y el eco que repite los acordados sonos. Pero llegó un día en que el Cielo quiso sacar del cautiverio de la roca á la imagen de la Madre de Dios, y entonces la tradición nos cuenta el feliz invento de la Señora que había de ser el puerto para el afligido corazón de los catalanes, y habían de venir á besar de rodillas su mano poderosos condes, almirantes y reyes. Pero llegó un día en que quisieron sacar de aquellos encan-

tados valles al sagrado simulacro, y extensa procesión la acompañaba; pero al llegar al sitio en que hoy se levanta el Monasterio, no pudo pasar adelante; la Reina de los cielos no quiso abandonar las montañas, y allí quedó, en donde hoy se alza su nuevo altar y en donde siglos ha viene recibiendo las oraciones y votos, no sólo de Cataluña, sino del mundo entero.

Y entonces surgió su nuevo altar, el convento, la iglesia en que se le rinde amante y cariñoso culto; y de deducción en deducción, venía en recordar cuántas y cuántas invenciones de sagradas efigies de la Madre de Nazaret coinciden en sus poéticas tradiciones con esta aparición.

Largo rato permanecí todavía abstraído en tales pensamientos y admirando esos siglos en que la fe, palanca tan poderosa para la reconquista y para el valor, sirvió para acometer grandes y nobles empresas.

La tarde declinaba, cada momento la luz era más débil y aumentaba la rojiza de las lámparas, que oscilaban merced al viento que entraba por la puerta. Perdíanse los contornos, y el blanquecino nicho de la peña tomaba un tinte que reflejaba en la bruñida piedra por la mano de los romeros que piadosamente ha siglos que vienen venerándola.

Transportábame la imaginación á aquel remoto año 890 en que los pastores de Olesa veían colocarse por las noches siete estrellas en torno de la montaña y este lugar de la cueva, y escuchaban celestes armonías. Y como de la mano venía á recordar aquella larga procesión que presidió el Obispo Gundemaro, y aparecía la venerada imagen. Creía escuchar los fervientes cánticos llenos de entusiasmo y de religiosa fe, y con efecto, algo que no era ilusión de los sentidos se escuchaba como prolongados ayes y gemidos prolongados y que se repetían en las cavidades del monte.

De repente una luz vivísima penetró en la capilla y al mismo tiempo un terrible estampido retumbó cien y cien veces en el monte, cual disparo de innumerables cañones. Un sudor frío, el espanto corrió por mi cuerpo y salí precipitadamente de la ermita. Instintivamente levanté la vista

al cielo y vile tranquilo, límpido, sereno y envuelto en los dulces efluvios del espirante crepúsculo.

—La tormenta—me dijo el guía, y entonces, bajando la vista, vi lo que nunca hasta en aquel momento me había sido dable el admirar, una tormenta bajo mis pies.

¡Qué espectáculo, Dios mío! ¡Cuán cierto es que en este monte sólo se puede venir á creer y sentir! Que aquí en este trono de rocas la fe halla su asiento en misteriosa unión con la ciencia, y el enigma de este fenómeno geológico con el amor á la Divinidad. ¡Desgraciado de aquel que ora en la calma ó en la lucha de los elementos no derrame una lágrima de amor, de bendición y el respeto ante tan sublime espectáculo..... desgraciado de él, repito!

El informe montón de nubes que del Nordeste había venido rodando, extendíase cual plomizo velo sobre el valle, que retumbaba con el tronar de la tempestad. Recortando la base del monte, que se hundía desapareciendo en aquel mar de grisientas nubes, su cima parecía más y más fantástica, era un bosque de piedra flotando cual viajera isla en un océano de encrespadas olas y cuyos escuetos pilares señalaban al cielo como diciendo: ¡Bajo de nosotros la tormenta, la lucha de la vida; sobre nuestra cima la eterna tranquilidad y pureza del infinito!

Enardecidos relámpagos iluminaban aquel caos y el rayo cruzaba angulosamente esa masa para descender á la tierra unas veces, ó ascender al vacío, en el cual se perdía rápidamente la chispa sin dejar huella de su paso.

Aquellas nubes, al inflamarse con el brillo momentáneo de la electricidad, semejaban masas de informe hierro que salían de la fragua, y algunas veces sus contornos se teñían de azul, de blanco y rojo. Si de las nubes tornaba la vista al monte cuando el relámpago teñía aquellos peñascos de abrasados tonos, no podía ser más bello, más dantesco su aspecto, si así se me permite calificar la fantástica iluminación de aquella no menos quimérica y calenturienta naturaleza.

Largo tiempo permanecí en la puerta de la capilla contemplando aquel sublime espectáculo, y sin apartar la vista

de tan encantadora perspectiva, tomé el camino del Monasterio en medio de la penumbra en que ya la noche nos sumía.

Rápidamente regresamos, y aun desde el barandal de la explanana permanecí viendo alejarse la tormenta por el hueco del valle y renacer poco á poco la calma, al propio tiempo que la perfumada humedad de la lluvia nos traía gratos efluvios que aspiraba con placer y que subían á los pies de la Virgen como perfumada ofrenda.

.....

¡Las ocho! La hora de la *Salve*. Vamos al templo. Hora es ya de que visitemos á la Reina de las montañas; ya nuestro espíritu está saturado de místicas impresiones. La oscuridad reina en estas alturas, iluminadas tan sólo por las brillantes estrellas. Por Levante vese todavía algún apagado relámpago, y allá abajo, en Monistrol, distínguese la temblorosa luz de algunas casas. Dirijámonos al templo. Un melancólico patio, rodeado de altos edificios con balcones y con pórticos en la parte baja, conduce á la portada del templo, que apenas distingo, con sus gruesas columnas y casetones. Penetremos en el sagrado recinto; algunos viajeros se nos han adelantado mientras que nos hemos detenido breves momentos en el patio.

Ancha, despejada, con aspecto de catedral nos presenta su única nave. En el sencillo altar mayor arden luces y su claridad, intensa en aquel foco, apenas ilumina la entrada del templo. Las tinieblas allá fuera; aquí la media oscuridad; en torno de la Virgen luz esplendente, radiante. Así camina nuestro espíritu por la senda de la vida: tranquilo, iluminado, sereno, cuando la fe llena nuestros corazones; ciego, en tinieblas, intranquilo, vacilante, cuando nos apartamos de aquélla.

Silencio sepulcral reina en la iglesia; numerosos grupos de romeros esparcidos por el templo apenas bastan á que aparezca lleno, y sin embargo, somos muchos; no tantos como mi amor á la Señora deseara, y tanto más cuando hoy de tal manera se hiere á aquellos sentimientos que nos hicieron grandes (1).

(1) Téngase presente que estos artículos se escribieron cuando la revolución se hallaba en su período álgido, en Septiembre de 1869.

No quiero hablaros del templo, de la materia, del arte; ahora no habla más que la fe y el corazón. Con el espíritu emocionado, con el respeto que causa siempre el templo cristiano, y con ese temor que domina nuestro espíritu cuando en él nos hallamos de noche, y que parece aumentar ese temor respetuoso á la Divinidad, avanzamos á la verja que divide la nave del presbiterio, y entonces distinguimos á la imagen de Nuestra Señora con el Niño en brazos. Aquel moreno rostro, en que brillaban unos ojos tranquilos en su dulce y triste mirada, parecía querer inquirir nuestro pecho, leer en nuestro corazón que latía á impulsos de su amor, de su veneración, de entusiasmo por la Reina de los cielos. Los reflejos del cristal y el movimiento de las luces hacían aparecer y desaparecer su divino semblante, cual si ráfagas de transparentes nubes de luz y de ópalo la ocultaran momentáneamente á nuestra contemplación.

Alejado de la tierra por aquella celeste visión permanecí algún tiempo, y sólo pensaba en los millares de millones de miradas suplicantes que sobre aquel tranquilo rostro habían caído en el transcurso de los siglos, pidiendo su amparo, su consuelo, su protección. ¡Y cuántos y cuantos miles de consuelos, de esperanzas no habrán salido de aquellos mudos labios y serena mirada, endulzando y consolando esta triste vía de lágrimas y de llanto! ¡Si cada gota de bálsamo que en los humanos corazones ha derramado pudieran solidificarse para convertirse en pedestal de tu gloria, ¡ah! entonces, Reina de los cielos, este monte sería inconmensurable y á verte sobre él no alcanzara la débil vista de la humanidad!

.....

Un torrente de armonía, una dulce y extraña combinación de voces é instrumentos me sacó de aquel arrobamiento, y el dulce *Salve regina* llenó mis oídos de celeste delicia y el corazón de encantado placer. La salve comenzaba; la salutación á la Madre del Cordero enmedio de aquellas alturas, por aquellos monjes, ante aquellos romeros, perdidos en los altos riscos, completamente separados del bullicio del mundo, era de un efecto tiernísimo y conmovedor. Sus extrañas armonías rodaban en concertados torrentes que,

uniéndose y entrechacando sus olas, formaban un caos de dulzor y de arrobamiento que pocas veces he experimentado.

La salve continuaba; las infantiles voces de los niños de la *Escolanía* sonaban cual vibrantes campanillas de plata, cual un coro de ángeles como el que rodeaba la cueva en que oculta permanecía la Reina de los cielos, oyendo entrechocarse los aceros cristianos y musulmanes en tremenda lucha, y esperando el momento oportuno de su poética aparición.

Aquella música, sencilla en su estructura, pero tierna y conmovedora en sus efectos, ora tierna, apasionada, melancólica, inspiradora y suplicante, hiere el corazón de tan ferviente suerte que vuestra boca se entreabre para pedir amparo, y las lágrimas escapan de vuestros ojos cual raudales del rocío de la fe que vienen á regar el corazón en tan tiernos y cariñosos afectos á la Madre de los pecadores. Cesan los instrumentos, cesa el órgano, y todavía el eco del templo y de los montes repiten las notas últimas de la plegaria, llevándola en alas de la brisa por la tierra querida de la Señora, la noble Cataluña. Apáganse los sonidos, cesan las voces; pero no el eco que aún vibra en nuestros corazones: aún sus notas suenan internamente como grato recuerdo de inspiradora emoción.

La ceremonia había terminado; salimos del templo y lenta y silenciosamente los demás romeros; al llegar á la pila del agua bendita, las señoras que había hallado en la cueva de la aparición iban á sumergir sus dedos en el agua purificadora; adelantéme y no sé qué misteriosa atracción me impulsó á darles el agua con el mismo respeto que si fueran mi esposa y mi hija. Tomáronla con una leve inclinación de cabeza y salimos del templo.

Cuando salí, todavía sus oscuras figuras se dibujaban confusamente en la penumbra del patio. La luna, que debía haber salido hacía poco, blanqueaba las cimas de los colosos de piedra y destacaba claramente la ermita de San Miguel y el *Caball Bernat*. En la explanada numerosos grupos de caballeros y señoras departían tranquilamente contemplan-

do el hermoso panorama, que doblemente embellecía la clara luna que llegaba en el lleno.

Encaminé mis pasos á la fonda, y al sentarme en la mesa pensé en los romeros de otros tiempos, en sus penosas marchas, en la escasez de medios de alojamiento, y vine á parar en el hoy, que si bien cómodo, quita el *confort* tanta poesía, tanto gozar con el recuerdo de las incomodidades sufridas, que hasta consideraba sin mérito aquella visita á la Virgen y sin merecimientos para la aceptación de mi fe. No se por qué me puse triste y comí sin apetito. En torno mío en otras mesas departen alegramente; y yo como solo, sin que la conversación me distraiga; como de prisa y salgo con decidido propósito de ir á mi alojamiento.

El guía me acompaña, subo largas escaleras y, por fin, en una galería veo el número de mi llave; entramos, y hallo una modesta estancia con una mesa, sillas y cama, sobre la que se ven dobladas las limpias sábanas. El guía se ofrece á hacerme la cama, y, en tanto, me dirijo á la ventana, que hallo abierta y por la que penetra la clara luz de la luna. Despidese el muchacho hasta la mañana siguiente, y quedo solo en mi habitación; de nuevo me llego á la ventana, y mi vista vaga indecisa sobre aquel fantástico panorama. ¡Qué silencio más profundo, qué calma más solemne! Óyense tan sólo los latidos de mi corazón emocionado con tan nuevo, con tan encantador espectáculo. La luna cubre con su pálida luz aquella hermosa naturaleza, en que todo es bello, sublime, arrebatador en medio de su dulce y placentera calma. Si bella es una noche de luna en cualquier paisaje, formad idea de cuán atractivo cuadro presentaría aquella misteriosa naturaleza con su fantástica estructura. Aquellos monstruosos conos, iluminados unos espléndidamente por la luz blanca y suave, y sumidos otros en negra oscuridad, semejaban quimérico ejército de blancos y oscuros gigantes que coronasen como en observación, envueltos en sus amplios mantos y capuces, el fondo de aquel hermoso valle, por el que corre, centelleando con la reverberación de la luna, el histórico río. La ligera neblina que se levanta del húmedo lecho de aquél cubre laderas y arbolado de una te-

nue gasa que suaviza y deja en vaga silueta los contornos de las vecinas montañas.....

Y contemplando aquel silencioso y poético cuadro, mi vista se fija en la pequeña capilla de la aparición, que se destaca blanca y brillante sobre el oscuro fondo de las peñas, y viene mi imaginación, por una de esas sucesiones de ideas, á alejarse á remotos tiempos, y la leyenda de Juan Garín se presenta ante mi vista con sus fantásticos detalles de la tentación y de la muerte de Riquilda, la caída del eremita, su arrepentimiento, la confesión con el Pontífice y la terrible penitencia en expiación de su feroz delito. Y entonces me parece que oigo los ayes de la víctima y la sarcástica carcajada del demonio que se burla de la caída en el pecado y en el crimen de aquel hombre de intachable virtud. Esta misma luna que ahora nos alumbra cubrió con sus rayos funerarios el cadáver de la inocente doncella, y á su misma luz caminó el pecador en demanda de perdón, en busca de Roma y del Pontífice, para volver después convertido en bestia humana, caminando sobre manos y pies y privado del don del habla hasta que Dios obrara un milagro.....

¡Qué dolorosas noches y qué cruel expiación sufriría el infeliz Juan Garín, cuya cueva contemplo desde esta ventana, al alimentarse como las bestias en el mismo lugar de su pecado! Y después, cuando otorgado por el Niño perdón para hablar, Garín, que había sido cazado como una fiera selvática, se levanta y habla para confesar su delito, ¡oh, qué impresión de espanto, de terror y de alegría para el desdichado, al ver que Dios le había otorgado su perdón! Niéguese la verdad, la posibilidad del hecho, pero cuando menos dejaremos la poesía de la tradición, el encanto del recuerdo de otras épocas en que la fe era el patrimonio y la ley que impulsaba á los pueblos.

.....

Pasan los años, y la poética leyenda de la aparición embelece á esta naturaleza fantaseada por la leyenda de Juan Garín, y bajan las estrellas, y harmónicos cantos se conciertan en torno de la cueva que aloja á la santa imagen hasta que, descubierta, viene á ser la reina de Cataluña, teniendo

en su adoración por techo de su templo el estrellado cielo, por pedestal este misterioso monte, y por incienso el perfume de los valles y el holocausto de todos los corazones de Cataluña. ¡Égida ha sido tu nombre en los combates que has guiado á la victoria, y tú has sido el faro de esperanza para quienes en tu santa protección creen y con fe te piden!

Y tú llavors, ¡oh Verge de Victoria!
 Lo teu nom sempre veyas invocat,
 Y 'els catalans anavan á la gloria
 Cantant lo *virolay* de Montserrat.

Así ha exclamado mi querido amigo y maestro Víctor Balaguer al invocar el nombre de su santa madre; así invoco yo tu protección en esta serena noche en que la luna brillante luce y el hermoso teatro de tus glorias, lleno de fe y confianza, contemplo bajo tu santa protección, bajo tu amoroso amparo y caridad. ¡Dios puso luz en nuestros ojos para admirar sus glorias, voz con que cantar sus bondades, y corazón en nuestro pecho para amar á su santa Madre y sentir su benéfica misericordia!

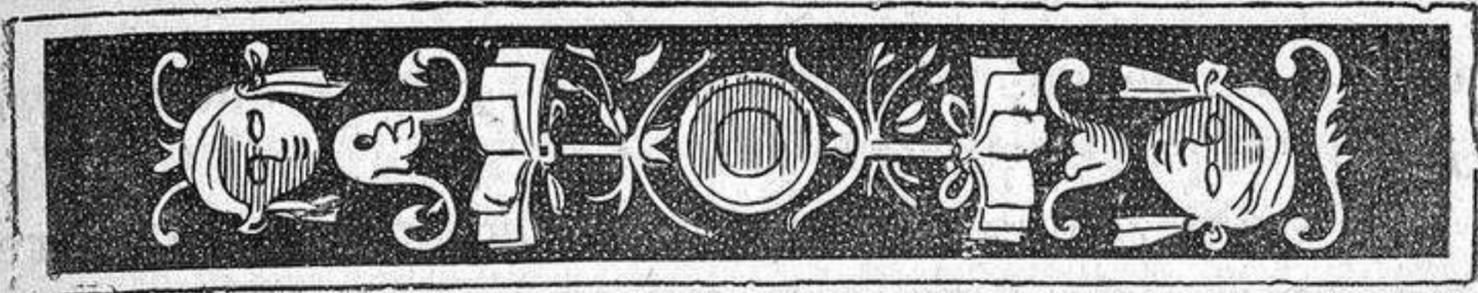
Sentir y amar es lo que puede hacerse en esta noche tan bella cual si fuera la primera de la creación. Admirar tus obras, bendecirte y..... callar, pues palabra y pluma son pequeñas para narrar la grandeza de tus obras.

.....

Suenan las once en el lejano Monistrol; reina sepulcral silencio; callemos y sintamos, hable tan sólo la dormida naturaleza para ensalzar á Dios y su pura Madre.

(*Se continuará.*)

J. CASAÑ.



NOTAS SUELTAS

**Los niños mal educados.—Ávila y sus montes.
Los servicios de higiene.**



SOBRE este punto, que tiene más importancia de lo que algunos creen, el Sr. Nicolay, ilustre abogado de París, ha escrito una obra admirable por su buen sentido y por el caudal de observaciones que atesora. Trascribiremos varios párrafos de ella.

Aconseja que al niño acomodado se le inculque que las ventajas de que disfruta son un favor de Dios y no un derecho propio. Al niño, añade, parécele tan natural haber nacido entre encajes y haber crecido entre sedas y terciopelos, como encontrar al indigente cubierto de harapos.

¡Ah! Digamos á nuestro hijo que ese pobre es un *niño como él*; que también le agradarían las almohadas de pluma, los manjares escogidos, las golosinas y los placeres.

Digámosle que ese tierno ser, cuya palidez denota las privaciones y el sufrimiento, quizás no ha tenido nunca un solo juguete. Digámosle que es gran dicha verse á cubierto de la miseria. Expliquémosle con frecuencia y claramente que cuanto gasta procede del trabajo de su

padre ó del de sus abuelos, y *que es posible que lleguen á faltarle los bienes que le rodean.*

Sí. Establezcamos un paralelo, dándole el mayor relieve, entre todo aquello de que disfruta y todo lo que falta á la mayor parte. Renovemos, reavivemos esas impresiones, *siempre* que el niño experimente un goce nuevo, ó que, por instinto, busque la comodidad, y así, necesariamente, comprenderá lo afortunado que es.

Entonces brotará en el corazón del niño una flor con dos tallos: la alegría por el beneficio recibido y la gratitud á sus bienhechores, los padres, á quienes da ese cometido la Providencia.

—

Mientras que en la época actual se vende todo á un precio excesivo, hay un producto que se obtiene poco menos que gratis: el veneno moral.

No es fácil concebir cuántas ideas deshonestas puede comprar un joven por varias menudas monedas de plata.....

Se han puesto la corrupción y el vicio al alcance de todos.

—

¡Cómo! Puede un joven trastornarse el juicio y el corazón con lecturas apasionadas y novelas obscenas..... pasar el día acompañado de amigos corrompidos y la noche con desvergonzadas Frinés de baja estofa, á quienes ¡infeliz! cuenta sus dulces pensamientos, mientras ellas le sirven amargos adulterados ó licores fuertes..... y nos choca que pierda la cabeza bajo el influjo de un vértigo *entonces* irresistible.....

¡Como si una atmósfera *viciosa* no envenenara tanto como un aire *viciado*!

Tanto valdría asombrarse de que el fuego queme y el barro ensucie.

—

El abuso de confianza es la regla. ¿No se ha convenido, en efecto, entre las gentes de edad y experimenta-

das que la joven prometida no debe preocuparse con la suerte que le espera?.... ¿No se afirma que se le ha de ocultar cuidadosamente la condición moral del esposo?.... ¿No admite la costumbre que, de las dos voluntades que concurren á cada unión, *puede una ser SORPRENDIDA, sin viciar* el enlace?....

Él tiene derecho á hacer lo que quiera; ella, el deber estricto de ignorarlo todo.

¡No! En Francia, á decir verdad, las jóvenes no se casan.

Las casan.

—

Importa mucho proceder con tino en la elección de criados.

Su ascendiente es tanto mayor cuanto que su acción es continua, y que el niño busca esa sociedad subalterna en donde se halla más libre y más halagado en su vanidad.

Si es cierto que forman la educación todas las palabras que llegan al oído, todos los pensamientos que se sugieren á la mente, todos los ejemplos que los ojos ven, todos los actos de la vida, en fin, ¿qué importancia no tendrán para nosotros los principios de aquellos cuya diaria presencia ha de ejercer sobre el niño una impresión imborrable?

—

¡Qué! ¿Osará alguien sostener que el corazón humano es tan pequeño que no puede albergar simultáneamente varios sentimientos grandes, nobles y generosos?

¡Qué! ¿Las creencias, la patria, las ternuras maternas y el amor conyugal no pueden coexistir en una misma alma, y moverse en ella holgadamente?

¡Qué calumnia!

El corazón, creedlo, es parecido al imán, cuya energía y fuerza aumentan á medida que se consume y se comunica más.....

Cuanto más se toma de él más rico es.

Ese es su privilegio incomparable y su maravilloso secreto.

—

Para formar á la niña que ha llegado á la edad de mujer, ó mejor, para no privarse de una distracción que les agrada, los padres llevarán á su hija á todo género de teatros.

Al principio, se reirá sin comprender—¡afortunadamente!—Luego comprenderá, sin poder sonreír.....

Supongamos que una criada indiscreta contase á modo de anécdota la intriga que compone el argumento de la pieza á que ha asistido la joven..... Se despediría á la culpable con indignación.

—“Figúrese usted que esa tunanta estaba contando unas cosas á mi hija! ¡Qué horror!”

—

¡Extraña fragilidad la nuestra!

La medida de las emociones que podemos soportar está encerrada en un círculo estrecho, cuyos límites no pueden salvarse.

Observemos bien estos fenómenos:

Reír con exceso hace llorar.....

Y, por otra parte, las muchas *lágrimas* trastornan la inteligencia y producen la risa de la locura.....

Un *ruido* muy intenso acaba por no ser perceptible, y determina la sordera, mientras que el *silencio* profundo que sigue al bullicio ocasiona un zumbido imaginario.

Por último, la *luz* demasiado brillante nos ciega.

¡Qué débiles somos!

Lo mismo acontece en todas las cosas.

El hombre que quiere saberlo todo; el hombre que tiene la ambición desmedida de ser *esprit fort*, que no acierta á reducirse y pretende juzgarlo y explicárselo todo, pronto se ve atacado de anemia intelectual: el exceso rompe la armonía y produce desórdenes en el entendimiento.

¡Qué advertencia y qué lección!

Prácticamente y por medio de ejemplos fáciles y diarios conviene enseñar al niño:

—Que la vida más bien es una prueba que un goce.....
Que aquí abajo, el más feliz es el que sufre menos, y que ninguna felicidad es completa.....

—Que la virtud implica el mérito, y que no hay mérito sin privación.....

—Que el sacrificio es necesario y la lucha inevitable.....

—Que las obras, en el orden moral, valen lo que cuestan..... Que según un dicho célebre, se entra en la vida sin pedirlo, como se sale de ella sin quererlo.....

—Que el buen éxito es raro y la ingratitude frecuente.....

—Que es un deber estricto ejercer la caridad en cuanto la Providencia nos dé algo más que el pan necesario.....

—Que el trabajo es la gran ley de la humanidad, y que no nos hallamos exentos de trabajar porque el cielo haya permitido que nuestro jornal estuviese pagado de antemano.....

—Que el rico debe ayudar al pobre y el pobre no debe envidiar al rico; que la limosna debe ser una satisfacción para el que la da, como lo es para el que la recibe.....

—

¿No es verdad, amigo lector, que la obra del Sr. Nicolay, esmaltada con tales consejos, es una joya de precio inestimable?

*
* *

Bien está que en la estación veraniega las gentes abandonen la calurosa villa de Madrid y se encaminen en busca de fresco y de aire puro á las costas del Cantábrico. Pero es raro que muchas de las personas que no pueden ir á disfrutar de las brisas del Océano se olviden de lo fácil y económico que les sería pasar una temporada en poblaciones tan cercanas á la corte como Avila.

Á las cuatro horas de abandonar la estación del Norte, anúnciase ya la llegada á la vetusta ciudad, cuya imponente catedral y gallardísimas murallas se columbran desde el mismo tren. Después de tomar un refrigerio en el restaurant de la estación, que dirige con singular acierto su muy inteligente y amable propietario don Marcos Higuera, puede acomodarse el viajero en un ómnibus, y viendo por todas partes las elevadas tapias de los numerosos conventos, le es dable instalarse en cualquiera de las fondas—que por lo descuidado del servicio no pueden compararse con la de la estación—ó en una casa de huéspedes, donde, por módica cantidad, encuentra excelente comida y espaciosas habitaciones.

Si tiene aficiones artísticas, no se contentará con ensanchar los pulmones respirando el viento fresco que casi constantemente reina en la localidad, porque hay mucho que ver y admirar: la basílica de San Vicente, con justicia declarada monumento nacional; la vieja catedral, construída en el siglo XI, de modo que sirviese también de fortaleza inexpugnable; el convento de Santo Tomás, habitado hace años por los frailes dominicos, y en el cual está el hermoso sepulcro del único hijo varón de los Reyes Católicos, quien con su temprana muerte disipó tantas halagüeñas esperanzas y trajo á nuestro país la dominación de la casa de Austria, etc. Si fatigada la vista de contemplar templos magníficos y palacios admirables; de ver haces de ligeras columnas y arcos apuntados, propios de la construcción ojival, que es seguramente la más adecuada para levantar el espíritu en las horas de meditación religiosa; si fatigado también de descifrar los letreros en que puntualmente se registran los títulos y honores de los insignes varones que yacen enterrados en las oscuras hornacinas de las iglesias abulenses, en las que el tiempo—ese infatigable trabajador—va destruyendo las estatuas yacentes de alabastro que cubren los mortales restos de prelados y guerreros, quiere hallar mayor horizonte, bríndanle á ello las afueras de la ciudad, porque desde ellas se descubre

un panorama muy bello y se ven las murallas con sus cubos y aspilleras y sus esbeltísimas puertas con arcos de medio punto.

No se necesita de muy lozana fantasía ni de mucha imaginación poética para fingirse los combates librados en aquellos muros, los asaltos tan bizarramente acometidos como rechazados, y para que vuelva á la memoria el recuerdo de las rudas peleas de otros tiempos.

¿Ha examinado todo esto el viajero, y quiere conocer mejor las condiciones de la provincia de Ávila? Pues tome el tren hasta Arévalo, v. gr., rica poblacion de afamadísimo mercado, hoy en triste decadencia, y cerca de allí encontrará extensos pinares.

Verá que en miles de troncos se ha quitado una pequeña zona de corteza, y al pie de la ligera mondadura hay un tiestecito que va llenándose de una sustancia viscosa. Aquellos pinos, que viven en un terreno arenoso, verdadera landa que mide en varios sitios de 8 á 10 metros de profundidad, y que con sus raíces evitan que las arenas, impelidas por el viento, invadan los terrenos agrícolas y los esterilicen; aquellos pinos, única especie arbórea que puede darse en terreno tan ingrato, producen cada uno dos litros de miera, que se transporta parte á Valladolid y parte á la fábrica segoviana de Coca.

No sólo embalsaman con sus emanaciones resinosas la atmósfera y dan leñas y productos maderables, sino que son la principal fuente de riqueza para aquellos pueblos, cuyos habitantes hallan honrosa ocupación dedicándose á la fabricación de los citados tiestos ó potes, practicando las entalladuras en los troncos, recogiendo la miera y transportándola á las fábricas. De aquí, porque pronto llegarán á 350.000 los pinos resinados, es probable que resulte otra ventaja, el establecimiento de una fábrica resinera en Arévalo, centro de esa gran área de pinares. Por haberse emprendido la resinación han mejorado los montes en que se efectúa, que están ahora más vigilados, y ha crecido tanto la producción en me-

tálico, que un solo monte, el 30 del Catálogo, que antes escasamente daba, con la corta de árboles leñosos, 4.000 pesetas anuales, produce hoy 25.835 pesetas al año.

Y á propósito de la producción de los montes públicos. Cuando el Sr. Camacho, fundándose en datos inexactos, aseguraba que no excedía de *dos pesetas* la producción por hectárea, no sabía que los verdaderos montes—y digo *verdaderos* porque no se debe incluir en el cálculo los miles de hectáreas de rasos—tales como varios de la provincia de Ávila, producen 15 y hasta 20 pesetas. Bien que á esto contribuye en buena parte el celo de los ilustrados ingenieros del distrito forestal, señores Marcos, Couder, Olaciregui y Sáinz, afanosos por el cumplimiento de su deber.

Ávila, á 114 kilómetros de Madrid, de clima sumamente fresco en el verano, con bonitos paseos, alegres cercanías, valiosos monumentos, gran cultura social, vastos pinares que purifican el aire, y alojamientos baratos, es, en verdad, una residencia para el estío merecedora de especial encomio.

*
* *

Aunque, por fortuna, parece que el cólera se presenta con desusados caracteres de benignidad, no es cosa de que se abandone la campaña emprendida, tanto para atajarle como para la mejora de las condiciones higiénicas de los grandes centros de población. Importa mucho, por consiguiente, que el Director general de Beneficencia y Sanidad no se concrete á seguir el camino trillado por sus antecesores. Puesto que tiene actividad y talento, bien pueden esperarse de su iniciativa oportunas y útiles reformas. El Sr. Castel es uno de los ingenieros de montes más inteligentes y trabajadores; confiamos que ha de ser también un Director de Beneficencia de feliz recordación.

Nadie puede poner en duda el favorable influjo de las prescripciones generales de higiene. Las ventajas que

se han alcanzado en algunos países con la organización racional de los servicios de la higiene pública dan á entender lo que en España podría conseguirse haciendo lo propio. Inglaterra, Alemania, Bélgica é Italia reorganizaron los mencionados servicios en los años de 1871 á 1875. Francia anda más negligente en punto tan importante. Pues bien, fijándonos en el período de 1875 á 1882, compararemos los resultados obtenidos en aquellas naciones:

1.º *Mortalidad general.*—Por cada mil habitantes ha disminuído esta mortalidad:

En Inglaterra.....	de	22,0	á	19,6
„ Bélgica.....		22,7		20,8
„ Italia.....		30,7		27,4
„ Francia.....		23,7		22,2

Por consiguiente, Francia ocupa el último lugar en ese descenso.

2.º *Mortalidad por enfermedades epidémicas transmisibles.*—Estas enfermedades causan al año en Francia más de 80.000 víctimas (no incluyendo la tisis), estragos que tienden á aumentar en la mayor parte de las poblaciones, mientras que en Inglaterra la mortalidad que ocasionan ha descendido de 4 á 2 por 1.000 habitantes.

En París ha doblado en los últimos años la mortalidad por fiebres tifoideas, mientras que en Londres se ha reducido á la mitad. La viruela, que en Francia causa anualmente 10.000 víctimas, casi ha desaparecido en Alemania y se ha reducido á una cuarta parte, así como el sarampión y la escarlatina, en las poblaciones de América, que han tomado rigurosas medidas de aislamiento y desinfección. En Berlín, á consecuencia de una enérgica campaña de las autoridades competentes, se ha suprimido por completo la rabia.

Los daños grandes que producían en Bruselas las enfermedades infecciosas, hicieron que en 1874 se fundase un servicio de higiene pública perfectamente organizado.

Pues bien, á partir de aquella época, aminoráronse de año en año los terribles efectos de dichas enfermedades: la fiebre tifoidea se redujo á *la mitad*, la difteria á *un tercio*, y la escarlatina aún más. Y en igual período duplicóse en París el número de fallecimientos, originados por el sarampión, la difteria y la fiebre tifoidea.

Notable es también la economía que se logra. En Bruselas, merced á la acertada organización de los servicios de higiene, hay al año 921 fallecimientos, 10.000 enfermos y 300.000 días de enfermedad menos; lo que produce un ahorro en los gastos de más de *dos millones de pesetas*; y como el servicio de higiene de la mencionada ciudad cuesta 40.000 pesetas al año, al propio tiempo que los habitantes mejoran las condiciones sanitarias y se prolonga la vida media, se acrece la riqueza en pesetas 1.960.000. Bruselas consta de 165.000 habitantes. Aplicando las cifras precedentes á la población española, que sólo para la Península es de 18 millones de habitantes aproximadamente, esto es, admitiendo que un servicio análogo de higiene pública produjera resultados parecidos, España ahorraría anualmente por la disminución de fallecimientos y de gastos de enfermedades más de *200 millones de pesetas*, y esto con un gasto total que no se elevaría á *5 millones de pesetas*.

No es admisible que lo que resulta hacedero en Inglaterra, Alemania, Italia y Bélgica no pueda conseguirse en España, y lo antes dicho justifica plenamente las conclusiones que sienta el ilustre doctor Julio Rochard en un brillante informe presentado á la Academia de Medicina de París:

1.^a Todo gasto que se haga para la higiene se convierte en economía.

2.^a El más ruinoso de todos los despilfarros es el de la vida humana.

Lamentable es el desdén con que se miran asuntos de tamaña entidad en nuestro país, y eso que á todas horas, y más que nunca en la presente, demuéstranos la experiencia cuán grande es nuestro error.

Preferible es precaver á remediar. Bueno que en los momentos actuales se acuda á combatir el cólera allí donde se manifiesta, pero no se olvide, por Dios, que hay otras enfermedades, como la tisis, la difteria, el tifus y la viruela, que causan un número mucho más crecido de víctimas que aquél. No se olvide que urge vigorizar los servicios sanitarios; imponer á los dueños de casas la obligación de efectuar las obras que prescribe la higiene cuando en ellas fallece álguien de enfermedad infecciosa. Poco tiempo há que en París causó enorme sensación la triste historia de lo acaecido en una oficina, en la que en breves años murieron tísicos 14 de sus 22 empleados.

¿Qué medidas verdaderamente eficaces se toman en Madrid, por ejemplo, para impedir el desarrollo de esos terribles azotes de la humanidad? ¿Se aísla á las familias de los enfermos y se desinfectan las ropas que usan? Podrá procederse así en algún caso, pero nos parece que las omisiones casi constituyen la regla general.

Mucho esperamos, lo repetimos, de las condiciones de inteligencia y carácter que adornan á D. Carlos Castel, jefe superior de la Beneficencia y Sanidad españolas. Para nosotros tendrá siempre mérito mayor el que con sus afanes acierte á salvar de la muerte á los seres humanos, y sobre todo á los pobres niños, víctimas propiciatorias de la descuidada higiene pública, que quien plantee cualquier pensamiento político, por importante que sea.

RAFAEL ÁLVAREZ SEREIX.





EVASIÓN MARAVILLOSA

En el palacio ducal de Venecia, edificio que tan poderosamente llama la atención por su arquitectura, por sus innumerables recuerdos históricos, por los inmortales cuadros con que Pablo Veronés y Tintoretto infundieron á sus paredes y techos vida, extraordinario atractivo, no sólo existe aún la estancia donde se reunían los Inquisidores de Estado, sino también las puertas que tantos, á menudo por simple sospecha ó delación calumniosa, traspusieron para hundirse en los asfixiantes calabozos llamados *Plomos* (1) á causa de tener inmediata la techumbre del metal nombrado, ó para desaparecer en los subterráneos *Pozos*, parcialmente invadidos por las aguas del Adriático y plagados de voraces ratas. Eran tumbas destinadas á la inmolación lenta de reos que no se enviaban al patíbulo, si bien considerando que lo merecían; so pretexto de misericordia cristiana, se les eximía de rápido fin á manos del verdugo. Comúnmente duraban poco los favorecidos con bondad tan jesuítica; pero dióse el caso de un francés que, encerrado allí porque, siendo espía de los venecianos en una guerra contra los turcos, simultáneamente prestaba á los últimos sus infames servicios, resistió durante treinta y siete años

(1) Queste carceri trovansi ripartite sotto i tetti delle due fronti del palazzo: tre sono a ponente, e la mia fra queste, e quattro a levante.—*Casanova*.

la exigua y mala alimentación, la ociosidad perenne entre tinieblas, un ambiente mefítico y de humedad excesiva, aislamiento absoluto. En su miserable apego á la vida, llegan algunos á imitar á la ostra, contenta con existir meramente, aunque prendida á ruda y estéril roca, expuesta á los fieros embates del mar, en estúpida inercia, en oscuridad incesante.

Lo mismo al visitar la cámara de los Inquisidores que al pasar, camino de las prisiones, á la luz de una antorcha, por pasillos de angustiosa estrechura, pasillos testigos de secretas ejecuciones, cuyas víctimas encubría después el siniestro canal Orfano, recordé á Jacobo Casanova de Seingalt, quien, gracias á su ingenio y osadía, como también á la fortuna, indispensable factor de toda empresa, consiguió librarse del infierno de los *Plomos*, efectuando una evasión que, sin hipérbolo, puede calificarse de maravillosa.

Era Casanova un veneciano de talento y gran travesura, de índole bullidora y versátil, muy dado al juego y la voluptuosidad. Le atribuyen increíble número de aventuras amorosas—de dos á tres mil nada menos,—recorriendo toda la escala social; sin duda el primer biógrafo que presentó semejante guarismo de conquistas poseía las amplias tragaderas de aquellos historiadores, según los cuales, en la batalla del Salado murieron doscientos mil moros y únicamente veinticinco cristianos. En más de una ocasión subió al púlpito Casanova para pronunciar edificantes homilias con sus correspondientes invocaciones á la inmaculada Virgen y los Santos y sin olvidar los puntales de citas ortodoxas y latinas. Ocupóse otras veces, ya en el periodismo, embrionario entonces puede decirse, ya en la diplomacia; hizo viajes á Roma, Nápoles, Corfú, Constantinopla, San Petersburgo y Francia, logrando acceso á la sociedad más encumbrada, favorecido por su hermosa figura, arrojo, agudeza y fácil, brillante palabra. Fué presentado á la Emperatriz Catalina II; tuvo conferencias con Luis XV y casi intimidad con la Marquesa de Pompadour, favorita de aquel Rey; trató á Voltaire, á Rousseau y otras celebridades; obtuvo condecoraciones del Papa y varios príncipes italianos.

Por creerle espía político (1) le hicieron prender, á 25 de Julio de 1755, los Inquisidores de Estado. Treinta años contaba entonces Casanova. ¡Qué emociones y pensamientos se agolparían en su alma, cuando en una góndola y custodiado por cuatro esbirros, fué pasando por varios canales, tétricos, silenciosos, ante palacios en cuyas fiestas había gozado, ante la Piazzetta, entre cuyas famosas columnas solía levantarse el patíbulo; atravesando el puente de los Suspiros; internándose en los fúnebres pasadizos de las prisiones, viendo el sitio y aparato de las ejecuciones secretas: ¡pensando que allí tal vez perecería ó en el lento martirio de los *Pozos*! ¡Y qué contraste! ¡Estaba vestido con flamante y rico traje de seda, con traje de sarao, y pocas horas antes acariciaban su mente planes de goces!

Destináronle el peor, el más oscuro encierro de los *Plomos*, el cual, midiendo cinco pies y medio de altura, no le permitía más posición que la yacente ó sentada. Á causa del excesivo calor, tenía Casanova que permanecer desnudo, y aun así mojaba de sudor el suelo; acosábanle innumerables pulgas; si, buscando un poco de aire, acercábase á la reja, enormes ratas le hacían retroceder y cerrar el único respiradero, condenándole á tinieblas. ¡Qué situación, á dos pasos de la magnífica plaza de Sillarcos, hervidero de máscaras y alegres locuras en el Carnaval, y poblada entonces de paseantes, rumorosa, rica de animación! Acostado en el inmundo suelo de su calabozo pasó Casanova su primera noche de cautiverio, sin que ni el muy próximo reloj de San Marcos ni el tumulto de las ratas le consintieran un instante de sueño.

Solamente pudo impedir que sucumbiese á la desesperación ó enloqueciera la esperanza de fuga, por impracticable que ésta pareciese. Día y noche fatigó el cautivo su entendimien-

(1) Según la Enciclopedia Británica. En sus Memorias dice Casanova: *L'esame di ciò che potevo aver fatto per meritarmi quel trattamento non poteva essere lungo, perchè nell'investigazione più scrupolosi dei miei atti, nulla trovai che potesse darmene ragione.*

Ero libertino, giuocatore, parlatore audace, e per consuetudine non pensavo che a godere il meglio possibile dell'attualità della vita.

Ma in tutto ciò non trovavo punto dei delitti di Stato.

to por descubrir manera de poner fin á sus torturas; así transcurrieron meses. Concibió que horadando el piso de su encierro se descolgaría á la sala de los Inquisidores, y escondiéndose bajo la mesa grande, junto á la cual sentábanse aquéllos, se escaparía en momento favorable, aunque fuera preciso matar al centinela; pero ¿cómo adquirir los instrumentos indispensables? Ni tenía comunicación alguna con el exterior, ni dinero para un soborno, hartó difícil en verdad. Mientras aseaban su prisión, permitíanle diariamente pasearse en un desván inmediato, donde legajos de procesos y muebles viejos yacían arrumbados. Allí descubrió un largo cerrojo y un pedazo de mármol, que mañosamente supo llevarse. Restregando en la piedra el hierro que, á falta de aceite, humedecía con su saliva, consiguió labrarse un punzón de ocho facetas, no sin que le costase la más dolorosa rigidez en el brazo derecho y se le llagara la diestra. Con ardides logró materiales para una lamparilla, y alcanzó que no barriesen el calabozo, pues de hacerlo hubiéranse descubierto sus trabajos, en los cuales, de bruces, desnudo, inundado en sudor, consumía horas enteras. ¡Con qué sinceridad y vehemencia imploró en aquellos días al Señor el hombre que tanto le había ofendido con el desenfreno de su conducta!

Al cabo de veintiún días, invertidos en desmenuzar tres tablas del suelo, tropezó con una capa de marmóreos pedacitos (1), muy compacta y resistente, que venció á milagro; por último, atacó el maderamen que había debajo. El 23 de Agosto concluyó Casanova su tarea y determinó huir el 27, más de un año después de su encarcelamiento. En medio de su expectación intensa, faltándole solamente dos días para ver el desenlace de su empresa, trasladáronle á otro calabozo y se descubrieron sus trabajos. Calcúlense su desconsuelo y rabia. El carcelero, por vengarse del compromiso á que le había expuesto la tentativa, cerró las ventanas y llevó al preso carne podrida, pan durísimo, vino intolerable, agua nauseabunda, poniéndole, entre la sofocación y el hambre, en inminente peligro de muerte. Al tercer día, forzado Casanova por la ne-

(1) Llamada en Venecia *terrazzo marmorino*.

cesidad, tragó infame sopa y comió pedazos de pan empapados en uno de los peores vinos que hayan deshonrado taberna. Felizmente, al noveno día, no por compasión, sino por motivos interesados, abrió el carcelero las ventanas y presentó á su víctima bebidas y alimentos mejores; facilitó, además, comunicaciones con el fraile Marino Balbi y el conde Andrés Asquini, encerrados en celda inmediata, los cuales prestaron libros á su compañero de infortunio. En una carta, escrita con zumo de moras y la uña de su meñique, carta que remitió escondida en un volumen, confió Casanova á Balbi la parte de su nuevo proyecto de evasión, que debía realizar aquél por no infundir tanto recelo al carcelero y los esbirros.

Con el punzón, milagrosamente salvado del fracaso ya referido, había de horadar el fraile el techo de su calabozo, el del contiguo y la pared medianera, encubriendo su obra con grandes estampas de santos, compradas al efecto. De ingeniosa manera envióle Casanova el instrumento para sus tareas: fingiendo querer, por gratitud, obsequiar á los vecinos, que le habían favorecido prestándole libros, se hizo llevar una fuente de macarrones, los cuales aderezó con queso y abundante manteca derretida. Debajo del recipiente puso una Biblia en folio, cubierta con exceso por aquél, y metió el punzón entre su dorso y el conjunto de las hojas. Tendidos los brazos, sujetando con ambas manos el presente, absorbido por el cuidado de que no se derramase el líquido que profusamente bañaba el manjar, llegó á su destino el carcelero sin olfatear el engaño.

Tenía ya Balbi concluída la faena, y sólo faltaba que realizase Casanova la segunda parte del plan, cuando en el calabozo de aquél encerraron á un despreciable individuo, ocupado en el espionaje; parecía que por segunda vez frustrábase la evasión; demasiado terribles habían de ser las consecuencias; por lo menos, consumirse en los *Pozos*. ¡Qué fin, después de tantos esfuerzos penosísimos, de tanta paciencia y habilidad, de esperanzas tan dulces, de extraordinarios padecimientos! Lejos de abatirse Casanova, estudió á su inesperado compañero, descubriendo muy pronto su estupidez y profunda superstición, las cuales aprovechó hasta el inverosímil extremo

de hacerle creer que Balbi, penetrando en la prisión por el techo, el cual había roto, era un ángel libertador enviado por la Virgen María.

Si pasó el suceso como lo cuenta Casanova, no dejaría de coadyuvar el vino, tomado en abundancia por el espía.

Reunidos, por fin, el fraile y Casanova; explorada la techumbre del palacio ducal, donde encontraron tablas carcomidas—lo cual favorecía su propósito,—se ocuparon en hacer cuerdas con sábanas y mantas y reunir en líos su ropa. Agujereada después la techumbre, lo único ya que les impedía contemplar nuevamente el cielo y respirar de lleno el aire libre, tuvieron que esperar á que se pusiera la luna, temerosos de ser vistos por los que en la plaza de San Marcos discurrían entonces. Ni el espía ni el conde Asquini tomaron parte en la evasión, juzgando seguro un desastre.

Á gatas, asido Balbi á la cintura de su compañero, cargado cada uno con la respectiva mitad de las cuerdas y el bulto de su ropa, se aventuraron sobre la pendiente y metálica techumbre y humedecida por la niebla y muy resbaladiza. Al menor movimiento en falso, podían despeñarse y morir de horrosa manera. Provisto de su preciado punzón, casi una hora anduvo Casanova buscando inútilmente dónde sujetar un extremo de su cuerda, á fin de bajar. ¡Y el tiempo volaba! So pena de la vida ó del encierro más espantoso, era indispensable vencer la dificultad antes de amanecer. Habiendo descubierto Casanova una lumbrera, se deslizó hasta encaramarse encima de su alero, é inclinándose un poco, pudo ver y palpar una rejita, que resguardaba los cristales de una ventana. Desprendió aquélla tras quince minutos de porfía y, no sin herirse una mano, rompió los vidrios; pero faltaba saber cómo penetrar por la abertura. El fraile, con el brutal egoísmo que lo caracterizaba, opinó que debía su compañero ayudarle á descender el primero, averiguando luego la manera de seguirle. En vez de vengarse Casanova, atóle por los sobacos y le auxilió para que alcanzase la lumbrera, desde la cual trasladaríase al desván de la forzada ventana. Pensó Casanova en salvar de un salto el trayecto; ¡imposible! mediando una distancia de cincuenta pies. Echóse á buscar en todas direcciones un re-

curso, y al cabo descubrió en un terrado una escala. ¡Cuánta destreza, exposición y afán le costó situarla de suerte que le sirviera para juntarse con su compañero! Resbaló en uno de sus esfuerzos, quedando con la mayor parte del cuerpo en el vacío, retenido únicamente por la desesperada presión de sus codos; á poco, muy poco más, caía para estrellarse en el pavimento. Queriendo levantar una pierna para mejorar su posición y tener más apoyo, se le contrajo un tendón, produciéndole dolor agudísimo y no consintiéndole movimiento alguno durante dos minutos. Penetró al cabo en la deseada guardilla; pero examinadas ésta y otras piezas próximas, no sabían orientarse los fugitivos. Durmióse en esto Casanova, irresistiblemente avasallado por una postración física y moral, que harto motivaban dos días sin dormir ni alimentarse y las fatigas recién impuestas á su cuerpo é inteligencia. Indisculpable, absurdo, pareció al necio Balbi aquel letargo, que podía llamarse desmayo. Disipado éste, como á las cinco de la mañana, entre las sacudidas y gritos del fraile, pusieronse en marcha al acaso los fugitivos, yendo á parar á los archivos y después á la cancillería ducal, en cuya puerta, con el benéfico punzón, tuvieron que abrir una gran brecha, que resultó con las orillas muy dentelladas. Ayudado por Casanova, pasó Balbi el primero, según su generosa costumbre; luego el otro, desgarrándose muslos y costados y perdiendo mucha sangre. En breve cerróles el paso una puerta, de tal solidez que desafiaba el punzón; tan sólo cabía esperar que la abriesen los barrenderos del palacio; pero siendo de Todos los Santos aquel día y de los Difuntos el siguiente, era muy factible que no viniesen aquéllos. Vendó Casanova sus heridas y cambió de traje; después asomóse distraídamente á una ventana. Observado por algunos individuos que estaban en el patio, les llamó la atención que tan temprano se encontrase allí un elegante caballero, por lo cual avisaron al conserje, quien acudió con la llave, suponiendo que inadvertidamente había encerrado la víspera al desconocido. No bien se les facilitó la salida, se marcharon silenciosamente el fraile y Casanova, sin que profiriese palabra ni averiguase nada el azorado portero, lo cual es singular, hasta inverosímil. Llevaba Casanova un

traje de baile, inadecuado á la estación por su ligereza; sin sombrero y con un manto riquísimo iba el otro. Bajaron la memorable escalera de los Gigantes; traspusieron la puerta del palacio ducal; cruzaron la Piazzetta, y metiéndose en una góndola, se dirigieron á Mestre.

Hermosa y brillante era la mañana, pero mucho más le pareció á Casanova tras quince meses en el antro que habín dejado. ¡Con qué emoción y espontáneas lágrimas recordó sus padecimientos, los últimos sucesos, donde consideraba evidente la protección divina, y saludó la recuperada libertad! Aún faltaban no pocas penalidades y zozobras. Contrató en la precitada población un carruaje para trasladarse á Treviso, y perdió tiempo buscando á Balbi, quien, muy fresco é imprevisor, se estaba en un café tomando chocolate y echando flores á una moza. Tropezaron en breve con un familiar de los Inquisidores, el cual conoció á Casanova y se mostró asombrado de su fuga; pero milagrosamente no le denunció á los muchos esbirros de la población. Llegados Casanova y Balbi á Treviso y consumidos casi los zequíes que en el momento de la evasión había dado el conde Asquini al primero, enca-mináronse á pie hacia la frontera. Cayó rendido Casanova á las tres horas de marcha; pero, vigorizado con alimentos, siguió adelante. Tenían andadas los fugitivos veinticuatro millas, cuando, por prudencia, se separaron, acordando reunirse en Borgo di Valsugano, fuera de la jurisdicción veneciana.

Aconteció después á Casanova una increíble aventura: sabiendo él adónde iba, pero como arrastrado por incontrastable voluntad, pidió asilo en casa de un jefe de esbirros, y le informaron entonces de que había salido á perseguirle aquél y no debía volver sino á los tres días. La esposa del jefe, equivocándole con una persona principal á quien su marido aguardaba, tratóle á cuerpo de rey, y su madre le curó esmeradamente sus heridas, que, según él afirmó, habíale causado en la caza una caída de caballo. Escurrióse al otro día muy de mañana, pasando serenamente ante los dos esbirros que estaban en la puerta: con intrepidez igual, cuando reinaba en Venecia el terror y menudeaban los suplicios por haberse descubierto falsa ó realmente la *Conjuración de los españoles*, Quevedo, con

el disfraz de mendigo, pidió limosna á los sayones encargados de prenderle y aun asesinarle. Al cabo de muchos años, todavía temblaba Casanova recordando el lance.

El 2 de Noviembre, habiendo entrado en una iglesita de campo, donde celebraban los oficios del día, encontró á Marco Antonio Grimani, sobrino de un inquisidor, de quien era conocido y que le negó socorro pecuniario. Lo propio hizo más adelante un agente de cambio á quien había prestado Casanova favores importantes; mas exasperado por la necesidad el fugitivo, arrancóle á viva fuerza seis zequíes. Sin otro acontecimiento notable, llegó á Borgo di Valsugano, término de su terrible odisea y puerto de salvamento.

EMILIO BLANCHET.





UN ACONTECIMIENTO LITERARIO

BIEN merece tal calificativo, tomado en su acepción de notabilidad, la aparición del nuevo libro de D. Francisco Barado, que se titula *Literatura militar española*, tercero de los verdaderos monumentos que la fecunda pluma de tan laborioso cuanto reputado escritor lleva erigidos, con universal aplauso, en honor de las letras españolas y de la cultura de nuestro ejército, respondiendo á la proverbial y gráfica frase del célebre Marqués de Santillana: «La ciencia no embota el hierro de la lanza ni hace floja la espada en la mano del caballero.»

Por galante donación del Sr. Vidart, prologuista, ó, lo que viene á ser análogo, autor del *Post scriptum* que á tan notable libro acompaña, llegó éste á mis manos, como valioso presente rendido por la amistad á la comunidad de aficiones, juntamente con la manifestación explícita y reiterada del deseo de que emitiera mi modestísima opinión acerca de la valía intrínseca del texto.

Atribuyo este deseo, por una parte á la garantía de imparcialidad que, compatible con mi falta de suficiencia, pueda ofrecer el conocimiento de mi carácter, tan opuesto á las injustas exageraciones de la hipérbole encomiástica, como refractario á las prevaricaciones de la equidad y de la justicia, sea cualquiera la causa que las motive; y, por otra par-

te, á la circunstancia de que, no conociendo yo, ni aun de vista, al Sr. Barado, quedase más expedita mi característica, si desautorizada, independencia de criterio. Hé aquí el origen del presente artículo, de cuya redacción, á causa de la endeblez de mis fuerzas, confieso que vino á amargar en los primeros momentos la satisfactoria posesión del libro, en cuyo somero juicio profesional voy á ocuparme, sin que, por las razones expuestas, puedan ejercer influencia en mí ni los dulces y benévolo impulsos de la amistad, ni tampoco, afortunadamente por temperamento, los torpes aguijones de la envidia.

Poco duró la amargura que de citar acabo, porque, así como las centellantes luces de briosa y diamantina piedra hieren la pupila del más miope, así también los luminosos destellos que del ingenio y la oportuna erudición de su autor contiene la obra del capitán Barado, iban iluminando mi oscura pupila literaria á medida que recorría los folios de la *Literatura militar española*, patentizándome las excelencias que contienen, afirmando en mi ánimo la idea de la justicia con que el distinguidísimo escritor ganó sus anteriores lauros, y persuadiéndome de que solo la modestia del mismo ha podido privarle de anteponer al expresado título de su obra estas tres palabras: *Historia de la*, y posponerle estas otras: *y tratado didáctico de literatura militar*, porque, en efecto, no otra cosa que una verdadera historia y un tratado didáctico de literatura militar ha producido la labor que, con envidiable acierto, ha llevado á término feliz el Sr. Barado.

Hé aquí la distribución de la obra:

PRIMERA PARTE

PRELIMINARES

Literatura militar.—Importancia de su estudio.—Papel que ha desempeñado é influencia que ha ejercido en la historia de nuestra literatura.—Ligera idea de la literatura militar en la antigüedad.—La exaltación del sentimiento heroico constituye el fondo de la narración histórica.—Tucídides.—Jenofonte.—Polibio.—César eleva la narración histórica á la más alta categoría dentro del arte.—Salustio.—Tácito.—Plutarco y Cornelio Nepote.—Escritores didác-

ticos griegos y latinos.—Eneas *el Táctico*.—Polibio.—Onosander.—Higinio.—Eliano.—Polieno.—Sexto Julio *el Africano*.—Frontino.—Modesto.—Elocuencia militar de los antiguos.

Fragmentos escogidos.—Tucídides.—Jenofonte.—Polibio.—César.—Salustio.—Plutarco.—Vegecio.

CAPÍTULO I

LITERATURA MILITAR ESPAÑOLA EN LA EDAD MEDIA

Carácter de la civilización visigoda.—Influencia del sacerdocio en la cultura.—Escritores hispano-latinos.—San Isidoro de Sevilla.—Caída del imperio visigótico y principios de la Reconquista.—Cantos populares, anales, crónicas, poemas y leyendas.—Noticias militares que ofrecen.—Fueros.—Progresos de la prensa castellana.—Traducción al romance vulgar del *Fuero Juzgo*.—*Fuero sobre fecho de cabalgaduras*.—*Tratado de Nobleza y Lealtad*.—*Las Siete Partidas*.—*La Gran Conquista de Ultramar*.—Crónicas lemosinas de Jaime I y Pedro IV; de Desclot y de Muntaner.—*Ordinacions* de Pedro IV y de Bernardo Cabrera.—*Libre de Mossen sent Jordi*.—El infante D. Juan Manuel y sus obras.—*Regimiento de Príncipes* y *Regiment de Princeps*.—*Historia troyana*.—Ordenanzas y fueros.—Poemas.—*Crónica general de Castilla*.—Ayala.—Crónicas generales y reales.—Crónicas personales y de sucesos particulares.—El *Victorial de Caballeros* ó *Crónica de D. Pedro Niño*.—Primer ejemplo de la forma biográfica en la literatura histórica española: *Generaciones y semblanzas* de Fernán Pérez de Guzmán.—Tratadistas militares árabes.—El granadino Hozail.

Fragmentos escogidos.—Jaime I de Aragón.—Ramón Muntaner.—D. Juan Manuel.—*Crónica de D. Juan II*.

CAPÍTULO II

RENACIMIENTO

Influencia del Renacimiento en la cultura intelectual española.—Traducción de obras clásicas de la antigüedad.—Crónicas del reinado de los Monarcas católicos.—Hernando del Pulgar.—Oviedo.—Gonzalo de Ayora.—Mosén Diego de Valera.—Diego Rodríguez de Almela.—D. Juan de Palacios Rubios.—D. Diego de Salazar.—El capitán Hernán Pérez.—Historiadores generales y particulares del reinado de Carlos I.—Avila y Zúñiga.—Illescas.—Días del Castillo.—García de Cereceda.—Otros historiadores de sucesos

particulares.—Relaciones históricas.—*Historia del emperador Carlos V*, por Sandoval.—La prosa didáctica.

Fragmentos escogidos.—Hernando del Pulgar.—Juan López de Palacios Rubios.—Gonzalo Fernández de Oviedo.—Diego de Salazar.—D. Luis de Ávila.

CAPÍTULO III

SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVI

Preponderancia político-militar de España.—Militares escritores.—*Historiadores*.—D. Carlos Coloma.—D. Bernardino de Mendoza.—D. Diego Hurtado de Mendoza.—D. Luis del Mármol.—Alonso Vázquez.—D. Diego de Villalobos.—D. Francisco Verdugo.—Antonio Carnero.—Mosquera de Figueroa.—Otros historiadores de sucesos particulares.—Historias políticas que merecen ser consultadas por las noticias que encierran tocante á milicia.—*Didácticos*.—Eguiluz.—Valdés.—Londoño.—Escalante.—Scarión.—Rojas.—Isaba.—Collado.—Mendoza.—Álava.—Lechuga.—Urrea.—Concepto que en aquella época merecía la profesión militar.—Pintura del soldado español hecha por el inmortal Cervantes.

Fragmentos escogidos.—D. Diego Hurtado de Mendoza.—D. Bernardino de Mendoza.—D. Carlos Coloma.—Jerónimo de Urrea.

CAPÍTULO IV

SIGLO XVII

Decadencia político-militar.—Comparación entre los escritores militares de este siglo y del anterior.—D. Francisco Manuel de Melo.—D. Francisco de Moncada.—D. Antonio de Solís.—Don Francisco Ibarra.—Memorias y relaciones.—Obras históricas extranjeras vertidas al español.—Obras didácticas.—Ufano.—Lechuga.—Firrufino.—Barra.—Gallo.—Dávila.—Enríquez de Villegas.—González.—Céspedes.—Aytona.—Sala.—Buscayolo.—Fernández de Medrano.—Noticias bibliográficas.—Obras de *Arte militar en general*, de *Organización*, de *Disciplina*, de *Moral y Política militar*, de *Artillería*, de *Fortificación*, de *Caballería* y de *Marina*.

Fragmentos escogidos.—D. Francisco Manuel de Melo.—D. Francisco de Moncada.—D. Antonio de Solís.—D. Sebastián Fernández de Medrano.

CAPÍTULO V

SIGLO XVIII

Pobreza intelectual de España.—Obras históricas en general.—Particulares de milicia.—El Marqués de San Felipe y sus conti-

nuadores.—Belando.—El Marqués de la Mina.—Tratadistas.—D. Tomás de Puga.—Montemar, Mina, Ramírez de Arellano y otros.—El Marqués de Santa Cruz de Marcenado.—Importancia de las *Reflexiones militares*.—Plan de esta obra.—Juicio que ha merecido.—Noticia de los tratadistas de Artillería é Ingenieros.—Don Tomás de Morla.—D. Vicente de los Ríos.—Escritores de Marina y eminencias científicas que descollaron en este ramo.—D. Vicente García de la Huerta y su *Biblioteca militar española*.—D. Joaquín Marín de Mendoza y su *Ensayo de una historia de la milicia española*.—El Conde de Aranda y las *Ordenanzas militares*.—Noticias bibliográficas.—Obras de *Arte militar, organización y disciplina*.—De *Infantería y Caballería*.—De *Artillería y Fortificación*.—De *Legislación, Administración y Justicia*.—De *Marina*.

Fragmentos escogidos.—El Marqués de Santa Cruz de Marcenado.

CAPÍTULO VI

SIGLO XIX

Obras militares publicadas en el primer tercio de este siglo.—Producciones del Brigadier Sánchez Cisneros.—*Elementos del Arte de la guerra*, por D. Evaristo San Miguel.—La *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, por el Conde de Toreno.—El General D. Luis Fernández de Córdova.—La *Revista militar* y la *Biblioteca militar portátil*.—D. Serafin Estébanez Calderón y su *Historia de la Infantería española*.—El Conde de Clonard y su *Historia orgánica*.—D. Crispín Ximénez de Sandoval.—D. Manuel Juan Diana.—D. José Ferrer de Couto.—Zarco del Valle y la *Comisión de Historia*.—El coronel Aparici y García.—Camino.—León y Canales.—Escritores ilustres del cuerpo de Ingenieros.—Trabajos histórico-legislativos de D. Antonio Vallecillo.—Publicaciones militares.—La *Asamblea del Ejército*.—Albums y Diccionarios.—D. Manuel de la Concha.—D. Francisco Villamartín.—Sánchez Ossorio.—El General Arteche.—El General Fernández San Román.—El General Almirante.—D. Eduardo de Mariátegui.—Bibliógrafos militares.—Científicos.—Tratadistas.—La *Revista del Ateneo Militar*.—La *Revista científico-militar*.—La *Ilustración militar*.—Otras publicaciones periódicas.—Escritores militares que han brillado en el último tercio de este siglo.—Escritores civiles que han tratado asuntos militares.

Fragmentos escogidos.—El Conde de Toreno.—D. Serafin Estébanez Calderón.—El Conde de Clonard.—D. José Gómez de Ar-

teche.—D. Luis Fernández de Córdoba.—D. Fernando Fernández de Córdoba.—D. Francisco Villamartín.—D. José Almirante.—D. Eduardo Fernández San Román.

Bibliografía militar española del siglo XIX.

PARTE SEGUNDA

PRELIMINARES

Concepto de la literatura y diversas acepciones que tiene esta palabra.—División de la literatura.—Ciencias que con ella se relacionan.—Importancia de su estudio.—Diferencias esenciales entre la literatura antigua y la moderna.—Literaturas profesionales.—Literatura militar.

CAPÍTULO I

LA ELOCUENCIA

Composiciones oratorias.—Condiciones del orador.—Clasificación de las composiciones oratorias.—Elocuencia militar.—Oradores militares.—La improvisación.—Arengas y proclamas.—La frase.

CAPÍTULO II

LA DIDÁCTICA

Su concepto, estilo y división.—La Historia.—Sus caracteres.—Divisiones que en ella se establecen.—Historia militar.—Formas distintas adoptadas por ésta.—Ciencia histórica de la guerra.—Enseñanza de la Historia en las Academias militares.

CAPÍTULO III

DEL LENGUAJE Y ESCRITOS MILITARES CONSIDERADOS DESDE EL PUNTO DE VISTA LITERARIO Y PROFESIONAL

Partes.—Relaciones.—Boletines.—Órdenes.—Instrucciones.—Alocuciones y proclamas.—Bandos.—Oficios y comunicaciones.—Informes.—Memorias.—Historiales.—Diarios.—Convenciones de guerra.—Procesos.

CAPÍTULO IV

EJEMPLOS DE DOCUMENTOS CITADOS EN EL ARTÍCULO ANTERIOR

Alocuciones y proclamas.—Bandos.—Órdenes generales.—Instrucciones.—Partes.—Comunicaciones.—Defensas.—Circulares.—Capitulaciones.—Convenios.—Preliminares de paz.—Armisticios.

Como ha podido verse, consta el libro de dos partes, consagradas: la primera á la *Historia de la literatura militar*, y la segunda á la aplicación de los principios generales de literatura y á los *escritos militares considerados desde el punto de vista profesional y literario*; ambas respectivamente acompañadas de una serie de fragmentos literarios escogidos con el mayor esmero, importantes documentos histórico-militares y numerosos ejemplos prácticos en los que pueden estudiarse así las bellezas de la composición como las transiciones del lenguaje, la fisonomía de una época ó de un personaje determinado, una batalla, un sitio, un episodio militar famoso. De modo que el libro, como ya antes hemos indicado, no sólo comprende una verdadera *Historia del Arte y de la Literatura militar en España*, sino también una notabilísima *Antología*, cuya formación es, á nuestro juicio, una de sus mayores excelencias.

Otras muchas lo avaloran: entre ellas la serie de *Noticias biográficas* que contiene, y, sobre todo y extraordinariamente, los curiosísimos *Inventarios bibliográficos de los siglos XVII, XVIII y XIX*, el último de los cuales suma sobre tres mil quinientos títulos (inclusos los de obras marítimas, aunque entre éstas deja de incluir el autor un manuscrito de más de 1.000 folios que se conserva en el Ministerio de Marina, y que disputó el lauro, *con ventaja*, á otro manuscrito guardado en la misma biblioteca, que trata de idéntico asunto, ó sea de la *Vida de D. Alvaro de Bazán*, y que el Sr. Barado cita con el calificativo de *importante*), y una sección dedicada al *Periodismo militar*, enriquecida con notables facsímiles de diarios é ilustraciones profesionales.

La obra está bien meditada, bien sentida, si puede admitirse la frase, y su distribución resulta, por tanto, racional y lógica. Si adolece de alguna deficiencia (¿qué obra humana no las tiene?) apuntada por el prologuista, cual es la exclusión de las obras épicas y algunas dramáticas, en verso, de los siglos de oro de nuestra literatura; y por más que el ilustre historiador profesional Carrión-Nisas afirme que los libros de poesía que tratan asuntos de guerra caen desde luego dentro de la literatura militar, como es rigurosamente

cierto, no lo es menos que en muchos casos, y si por inducción hubiera de proceder, casi me atrevería á decir que en la mayoría de ellos la importancia de tales fuentes, grandísima en ocasiones, sobre todo cuando se carece de todo otro documento auténtico, es bastante problemática ó de escasa valía. Tal, al menos, es lo que por experiencia hemos aprendido en la práctica de la composición de dos obras histórico-militares. Esto no excluye la superlativa importancia circunstancial que las obras poéticas, incluso las líricas, puedan tener, como lo comprueba entre otros ejemplos el que el señor Vidart cita del Cid Campeador. La gran figura, á la par legendaria que histórica, de Rodrigo ó Rui Díaz de Vivar hay, en efecto, que estudiarla simultáneamente, cual dice el mencionado escritor, en las narraciones de los cronistas cristianos y árabes y en el Romancero de Castilla, sin olvidar el llamado *Poema del Cid*.

Con su libro, el Sr. Barado ha hecho que cristalice, por decirlo así, una idea que no por hallarse ya hace tiempo en la conciencia de muchos dejaba de ser un presentimiento, algo que, como dice el prologuista, «flotaba en la atmósfera, pero que no lograba condensarse formando cuerpo de doctrina;» ha demostrado que existe en nuestra patria una colección de obras que si con notoria injusticia y para oprobio del sentido científico nacional fueron en no muy remotos tiempos clasificadas entre las de tauromaquia, constituyen una verdadera literatura militar «que merece ser estudiada por los críticos, no por mera curiosidad, sino para realizar fines de grande y trascendental importancia.»

El Sr. Barado ha evidenciado en su libro que el rey don Alonso *el Sabio* consignó en sus *Partidas* las doctrinas de milicia más justas y elevadas de su tiempo; que en los siglos XVI y XVII las obras de los historiadores y preceptistas militares de España eran traducidas y admiradas en toda Europa; que aun en medio de nuestra decadencia literaria y por «venturosa excepción» aparece la portentosa obra del insigne Vizconde de Puerto, del *imenso* Marqués de Santa Cruz de Marcenado, las *Reflexiones militares*, superior sin género de duda á las de Folard y Puigsegur—las más afama-

das de la época,—y de la que el gran Federico extrae los principios sobre que, á manera de piedras fundamentales, cimenta y erige el monumento de su admirable y eternamente celebrada táctica; secreto éste que en el acto de ser felicitado por el mérito de la misma, revela el Monarca prusiano al felicitante, que lo era un General español, para quien, á imitación de sus coetáneos, habían pasado inadvertidas las excelencias de la eximia y portentosa obra de Santa Cruz. Finalmente, el libro del Sr. Barado demuestra que en el presente siglo bastarían las *Nociones del arte militar* del malogrado comandante Villamartín para que España ocupase preferente lugar en la historia contemporánea de la ciencia de la guerra.

Y aquí ha de sernos permitida una pequeña digresión, para que, recordando el principio filosófico de que «las mismas causas producen siempre los mismos efectos,» á propósito de lo ocurrido con nuestras dos mejores obras militares, que son las de Marcenado y Villamartín, de la primera de las cuales revélanos el mérito Federico de Prusia, y de la segunda lo verifica Napoleón III y hasta entonces no es algo más dignamente recompensado su autor, para quien el Estado había creído cumplir otorgándole una sencilla cruz de Carlos III; ha de permitírsenos, decíamos, anatematizar una vez más la desidia, la falta de deseo y de interés para estudiar y aquilatar las obras de nuestros compatriotas, cuando no también la envidia con que suelen tropezar y que, enroscándose á ellas, puede producir el doble y pernicioso efecto de ahogar al que trabaja, privando acaso al país de glorias muy legítimas.

Por el contrario de lo que ha efectuado en su *Museo militar*, emplea el Sr. Barado el método analítico en la *Literatura militar española*; no porque desdeñe las teorías preconizadas por Buckle, sino porque, según ha dicho muy bien el Sr. Vidart, ha creído necesario comenzar probando la existencia y singular valía de la literatura militar española antes de exponer las enseñanzas ó leyes que se puedan deducir del estudio de su desenvolvimiento histórico. Y que el autor ha llenado su objeto es tan evidente que nadie que en lo suce-

sivo de la historia general de nuestra literatura trate, podrá, sin notoria injusticia y sin hacerse acreedor á los epítetos de desidioso, apasionado ó ignorante, negar á los tratadistas de milicia las páginas gloriosas que de derecho les corresponden.

Rebasa ya este trabajo sus naturales límites, y no podemos detenernos más en el desarrollo de nuestros juicios, ni en nuevas, aunque sólo fuesen sintéticas, apreciaciones correspondientes á cada capítulo; pero no hemos de terminar sin hacer mención especialísima del marcado con el número IV en la primera parte de la obra, y en el cual está hecho de mano maestra el estudio comparativo de varios de nuestros clásicos, resplandeciendo la corrección y sobriedad del estilo, el acierto y la precisión del criterio.

No cabe poner en duda la originalidad del conjunto armónico que ofrece el libro del Sr. Barado; la tiene, y grande, no sólo por el hecho de ser la primera obra completa que ha visto la luz en su género, sino por estar muy distante de ser una mera reunión de datos ya existentes; porque á su redacción ha precedido un profundo y concienzudo análisis para la depuración de los hechos, para su enlace racional y lógico y para la composición artística, toda ella sembrada de atinados juicios técnicos sólidamente cimentados; aparte de los documentos inéditos y datos ignorados ó casi desconocidos que contiene.

Respecto á la utilidad de la obra, si es evidente para todo amante de la cultura y de las letras patrias, sube aquélla de punto para los profesos de Marte, y creemos que en todas las Academias militares debiera adoptarse de texto, exigiendo al menos el aprendizaje de la parte didáctica y el conocimiento ó lectura de la otra ó primera parte; pues desde que nos colgaron los cordones de cadete en el Colegio de Artillería de Segovia han sido infinitas las veces que hemos oído quejarse á diversos profesores de la falta de enseñanza de esta asignatura; lamento cuya repetición es muy frecuente escuchar en todos los Cuerpos y dependencias, y, sobre todo y á cada paso, en los altos centros de la milicia.

Ignoramos el porvenir que la suerte deparará al libro del

Sr. Barado sí, como es natural, su autor lo eleva á las regiones en que su relevante mérito debe ser apreciado para que pueda ser objeto de la digna y merecida recompensa oficial. No podemos—porque el horizonte hace tiempo que se ha entenebrecido para los que valen, estudian y producen, siquiera lo hagan en grado tan superlativo como el ilustre autor del *Museo militar* y la *Vida militar en España*,—no podemos, decíamos, augurar cuál será el premio que la Junta superior consultiva de Guerra tenga reservado para coronar los repetidos afanes y desvelos del brillante Oficial, primero que hase atrevido á escribir la historia de nuestra literatura militar; pero si al inmenso y doble vacío que se dejaba sentir, y que el autor ha llenado cumplidamente, hemos de atender, si hemos de hacerlo teniendo en cuenta que á la originalidad de la obra se une la verdad histórica, la corrección y pureza, la castiza y militar sobriedad de lenguaje que en todas sus páginas encierra—acentuadamente respecto de la última condición y, como era natural, en la parte didáctica,—nos atreveríamos á esperar para el autor la más alta recompensa reglamentaria.

Mas cualquiera que el resultado pudiera ser, el Sr. Barado debe estar satisfecho de su obra, no tan sólo por el relevante mérito de la misma, sino porque con ella ha realizado una empresa patriótica y digna de singular aplauso.

El libro, cuyo precio es de 70 reales, forma un elegante volumen de 740 páginas, de superior papel, ornamentado con preciosas viñetas é ilustrado con los retratos de los más notables historiadores y tratadistas militares, antiguos y modernos. Acerca de él, cual ya lo ha consignado un notable crítico, puede ciertamente repetirse la conocida frase que escribió la autora de la *Nueva filosofía de la Naturaleza*:

«Este libro faltaba en el mundo, así como otros muchos sobran.»

MIGUEL CARRASCO LABADÍA.

Madrid 7 de Agosto de 1890.



RELACIÓN

QUE HIZO DE SU VIAJE POR ESPAÑA LA SEÑORA CONDESA D'AULNOY

EN 1679

CONTINUACIÓN (I)

Sin embargo, muchas no usan tales atavíos y en general me parecen las españolas más naturalmente agradables que las francesas, á pesar de su tocado y de lo poco que favorecen con sus modas las bellezas de su cara, que no recibe atractivo de adorno alguno, pero que tiene unos ojos incomparables; ardientes y expresivos, hablan un lenguaje tan cariñoso y comprensible, que, aun cuando las españolas no poseyeran más gracias que las de sus ojos, adquirirían fama de muy hermosas, interesando el corazón de los hombres. Las dentaduras de las mujeres me parecen bastante regulares y serían muy blancas si se acostumbrasen á cuidarlas; pero se las abandonan, estropeándolas además á fuerza de comer dulces y chocolate. Los hombres y las mujeres tienen aquí la mala costumbre de limpiarse los dientes con un palillo delante de otras personas, en la calle ó en la visita; nadie se los manda arreglar por los dentistas, y si alguien pretendiese hacerlo, tendría que renunciar á su propósito, porque aquí no hay gentes que desempeñen este oficio; cuando es necesario arrancar una muela, lo hace un cirujano como puede, según su leal saber y entender y su poca ó mucha práctica.

(1) Véase la pág. 310 de este tomo.

Al entrar en el gabinete de la Princesa de Monteleón extrañóme ver que algunas damas, jóvenes todavía, llevaban sobre las narices y apoyados por detrás de las orejas grandes anteojos, y lo que más me sorprendió fué ver que ninguna de aquellas damas hacía cosa para la cual pudieran los anteojos servirle, pues todas hablaban sin aplicarse á labor alguna y sin quitárselos. La curiosidad hostigóme y pregunté á la Marquesa de la Rosa, con quien he trabado grande amistad, á qué obedecía lucir sin necesitarlo aquel objeto entonces inútil. Es la Marquesa de la Rosa una brillante dama que conoce bien la sociedad en que vive, aunque nació en Nápoles, y tiene mucho y delicado ingenio; echóse á reir al escuchar mi pregunta y respondióme que como los anteojos daban cierto aire de gravedad, no se los ponían las españolas para distinguir mejor á través de los cristales, sino para inspirar respeto.—Ved á esa dama—díjome refiriéndose á una que cerca de nosotras estaba;—creo que no se ha quitado los anteojos en diez años ni siquiera para dormir; sin exageración, muchas señoras y muchos caballeros comen con los anteojos montados en las narices, y en la calle y en las visitas veréis á muchas gentes que nunca los abandonan.

—Es oportuno—continuó diciéndome—que os hable con este motivo de cierto suceso que ha de agradaros. Hace algún tiempo, ventilaba una orden religiosa un litigio de graves consecuencias; era tanto el interés que no se descuidaba lo más mínimo, y aprovechando todas las ocasiones, no despreciaron la influencia de un joven novicio cuyos padres eran personas de muy alta calidad. El prior aseguró al joven que todo podía prometérselo si por su recomendación les podía sacar del atolladero. Al fin los frailes consiguieron lo que deseaban, y el novicio, rebosando de gozo, corrió á darle al prior la noticia, disponiéndose al mismo tiempo á pedirle una gracia que deseaba grandemente obtener; pero el prior, después de haberle oído y abrazado, díjole con solemne y grave tono:—Hermano, *póngase las ojeras*. Esta libertad que se le concedía produjo tal júbilo en el novicio, que considerándose por ello de sobra honrado, no se acordó de pedir otra cosa. El Marqués de Astorga—prosiguió la Mar-

quesa,—siendo Virrey de Nápoles, mandó esculpir su busto en mármol y no dejó de ponerle sus grandes anteojos. Es tan común el uso de éstos, que se procura que sus formas guarden proporción con el rango de la persona que los usa; y á medida que la fortuna de cada cual sea más elevada, mayores van siendo también los cristales de sus anteojos y á mayor altura se apoyan sobre la nariz. Los Grandes de España los llevan tan anchos como la palma de la mano, sosteniéndolos por detrás de las orejas y quitándoselos con menos frecuencia que la golilla. Antiguamente hacíanse traer cristales de Venecia, pero desde que el Marqués de la Cueva acometió la empresa denominada *el triunvirato*, porque fueron tres los que quisieron incendiar el arsenal de Venecia con espejos ovalados, pretendiendo por este medio hacer al Rey de España dueño de aquella ciudad, los venecianos á su vez hicieron construir buen número de anteojos que mandaron á su Embajador en Madrid, el cual fuélos regalando á toda la corte y todos aquellos que los usaron resintiéronse de la vista de modo que casi quedaban ciegos. Eran cristales de tal manera tallados que al recibir el menor rayo de sol abrasaban. Sucedió que un día en el Consejo habían dejado abierta una ventana de manera que el sol, dando de lleno en los anteojos de los concurrentes, produjo una especie de fuegos de artificio que abrasaron las pestañas de todos, ofuscando la vista. Puede imaginarse cuál sería el espanto que produjo semejante accidente entre los viejos venerables que fueron víctimas.

—Bien quisiera—le dije á la Marquesa—tener por cierto el notable caso que me habéis referido, pero me parece muy exagerado.—Como yo no lo vi—prosiguió ella sonriendo—no puedo afirmar positivamente su veracidad, pero juzgo del todo cierto lo que os dije referente al prior y á un novicio de una orden religiosa.

Posteriormente y con frecuencia he reparado que muchas personas de calidad, yendo solas ó acompañadas en las carrozas de paseo, lucen sobre sus narices enormes anteojos que casi me asustan.

En casa de la Princesa nos dieron un agradable refrigerio;

presentáronse diez y ocho doncellas con grandes azafates de plata llenos de confituras secas, de albaricoque, cereza, ciruela y otras varias frutas envueltas pieza á pieza en papeles dorados y recortados por las puntas como un fleco. Esto me pareció muy bien y extremadamente limpio, pues así los dulces se cogen y se llevan á la boca desenvolviéndolos con cuidado sin pringarse los dedos, y puédese también guardar algunos, como es costumbre, sin ensuciar los bolsillos. Hay señoras que después de atracarse de dulces hasta reventar, sacan seis ó siete pañuelos que para estos casos llevan y los llenan de dulces. Aunque parezca esto un abuso á todas las demás, hacen ver que pasa desapercibido; tal es la cortesía, que cuando han colmado sus provisiones todavía se les ofrece nuevamente que repitan, como si nada hubieran hecho. Las que así se portan anudan después sus pañuelos y los atan con un cordón alrededor de su miriñaque.

Luego de los dulces diéronnos buen chocolate servido en elegantes jícaras de porcelana. Había chocolate frío, caliente y hecho con leche y huevos. Tomámosle con bizcochos; hubo señora que se sorbió seis jícaras una después de otra, y esto lo hacen algunas dos ó tres veces al día. No extraño ya que las españolas estén tan flacas, pues no hay cosa más ardiente que el chocolate, de que tanto abusan; además, lo comen todo muy cargado de pimienta y otras especias, de modo que debieran estar abrasadas. En casa de la Princesa varias comieron también tierra sigilada. Ya os he dicho la pasión que muchas tienen por mascar esta tierra, que suele dejarlas opiladas con frecuencia; el estómago y el vientre se les hinchan haciéndose duros como piedra y la piel se les pone amarilla como un membrillo. Yo quise también probar ese requisito tan estimado y tan poco estimable, y en adelante preferiría comer asperón que tierra sigilada; pero si se pretende ser agradable á estas damas es preciso regalarles algunos *búcaros* que ellas nombran *barros*, y frecuentemente los confesores no les imponen otra penitencia que la privación de pasar un día sin probar aquella tierra, que á juicio de muchos tan buenas y tantas cualidades reúne; cura de ciertas enfermedades y en un vaso de tierra sigilada descúbrese cual-

quier bebida venenosa. Yo tengo uno que hace malo el vino y riquísima el agua. Ésta parece que hierve cuando se llena el vaso y se la ve agitarse y retemblar (no sé si es propio lo que digo), pero después de algún tiempo, no largo, el vaso se vacía, tan porosa es la tierra de que está hecho, y huele muy bien.

Diéronnos aguas extremadamente frías; en ninguna parte se sirven las bebidas tan frescas como aquí. Para prepararlas usan con preferencia la nieve, que refresca mejor que el hielo. Es aquí uso establecido después de tomar el chocolate beber agua muy fresca.

Terminada la merienda entraron luces. Acercóse primero el mayordomo, un hombre pequeño y encanecido, que llevaba una cadena de oro al cuello y pendiente de la cadena una medalla, regalo que se le había hecho por la boda del Príncipe de Monteleón. Dobló una rodilla en tierra, estando en el centro de la galería, y dijo levantando la voz:—Alabado sea el Santísimo Sacramento. Á lo que todos contestaron:—Por siempre alabado sea. Esta costumbre se sigue siempre al encender las luces. En seguida veinticuatro pajes entraron de dos en dos, hincando al entrar la rodilla, y trayendo cada uno dos grandes candelabros ó un *velón*, y cuando los hubieron dejado sobre las mesas y en los escaparates, retiráronse con mucha ceremonia. Entonces, todas las damas hicieronse unas á otras grandes reverencias. Será conveniente decir que los velones son lámparas sostenidas por una columna de plata bastante alta y que tiene un pie muy ancho. Cada lámpara tiene diez ó doce picos, en cada uno de los cuales arde una torcida, de modo que un velón produce mucha claridad, y para que sea mayor ésta, lleva detrás de la luz una pieza de plata que la refleja. El humo no incomoda, y el aceite que se gasta en estos velones no tiene nada que envidiar al fino que se usa para ensaladas. Esta moda me agradó muchísimo. Cuando todos los candelabros quedaron dispuestos en la galería, donde les correspondía estar, la joven Princesa de Monteleón mandó á sus doncellas que llevaran el traje de boda, porque pensaba enseñármelo. Las doncellas volvieron con treinta cestillas de plata, y eran tan pesadas que para sos-

tener cada una empleáronse cuatro doncellas. Dentro de las canastillas había todo lo que puede pedirse, lo más hermoso y rico, ajustado á la moda del país. Entre otras cosas admiré seis jubones de brocado con botones de diamantes y esmeraldas, teniendo cada uno seis docenas de piedras preciosísimas. La ropa blanca y las puntillas de blonda no eran menos bellas que lo demás. La Princesa me hizo ver sus joyas y aderezos, que son admirables, pero tan mal contruídos, que los mayores diamantes aparecen del tamaño de uno de 30 luises que hubiera sido montado en París.

Las iglesias de Madrid me han parecido muy hermosas y bien dispuestas, pero se ven poco frecuentadas por las grandes señoras, que rezan en sus capillas particulares contruídas en sus casas; sólo en ciertos días del año van todas á las iglesias, como, por ejemplo, en los de Semana Santa.

Nuestra Señora de Atocha me ha gustado mucho: está enclavada en un convento donde habitan bastantes frailes que no salen casi nunca, porque una de sus reglas más atendidas es el recogimiento en la clausura; su vida es muy austera. Desde todas partes acuden los fieles á Nuestra Señora de Atocha, que tiene muchos devotos, y cuando los Reyes de España celebran algún feliz suceso, en esta iglesia mandan cantar el *Te-Deum* en acción de gracias. En un altar hay una Virgen sosteniendo al niño Jesús entre sus brazos; las gentes la consideran milagrosa, es negra y con frecuencia la visten con traje de viuda; pero en las grandes solemnidades la cubren con riquísimas telas é incomparables pedrerías, tan hermosas y tan abundantes que no se puede ver nada que lo iguale por magnífico que sea. La Virgen tiene sobre la cabeza una corona de gloria dispuesta en forma de sol, cuyos rayos deslumbran; lleva también un gran rosario. Este altar está colocado á la derecha de la nave central, en un sitio que sería oscuro del todo si no lo iluminaran más de cien suntuosas lámparas de plata y de oro que siempre se mantienen encendidas. El Rey tiene una tribuna desde donde sin ser visto presencia las ceremonias religiosas oculto detrás de la celosía.

En todas las iglesias hay unas esterillas de junco muy con-

venientes para no tenerse que arrodillar en el suelo, y en cuanto entra una persona de calidad ó una dama extranjera, el sacristán corre á poner un tapiz en el sitio donde aquélla se detuvo, y sobre el tapiz coloca un reclinatorio, ó bien la invita otras veces á entrar en las tribunas, pintadas, doradas y envidriadas, donde se descansa y reza muy cómodamente.

No pasa un solo domingo sin que se iluminen con más de cien velas los altares, que en todas las iglesias de Madrid están atestados de plata. En ciertos días de gran solemnidad, fórmanse jardincillos de césped con surtidores que se derraman sobre fuentes de plata, de mármol ó de pórfido. Colócanse alrededor multitud de naranjos de dos varas de altura, arraigados en grandes tiestos y sobre los cuales van á posarse algunos pajarillos que cantan como si estuvieran en la vega. Estas funciones se repiten con bastante frecuencia, y las iglesias nunca están desprovistas de naranjos y jazmines que las perfuman con olores bastante más agradables que el del incienso.

Vese en la capilla de Nuestra Señora de la Almudena una Virgen que, al decir de las gentes, fué traída de Jerusalén por Santiago, que la escondió en una torre de la muralla. Cuando los moros sitiaron la Villa, encontrándose sus habitantes reducidos á un hambre feroz, deliberaron para decidir la manera de rendirse; pero alguno fué á la torre donde la Virgen estaba escondida y la encontró llena de trigo. Tal abundancia no podía originarse más que por un milagro, y el pueblo, satisfecho, envalentonóse defendiéndose con tal denuedo, que los moros tuvieron que retirarse fatigados y sin esperanzas. Descubrióse la Imagen y construyeron para venerarla una capilla en cuyas paredes pintaron al fresco las escenas que acabo de relatar. El altar, la barandilla y las lámparas son de plata maciza. Á poca distancia de la Almudena tienen los Mínimos una iglesia, donde se ofrece culto á Nuestra Señora de la Soledad, donde se reza la Salve todas las tardes y es un lugar de mucha devoción para los verdaderos fieles, aunque los menos aprensivos lo hacen servir como punto de citas y afortunados encuentros.

La capilla de San Isidro es entre todas la más bella. San Isidro, patrón de Madrid, era un pobre labrador; los muros de su capilla están incrustados con mármoles de colores; las columnas y las imágenes de algunos santos son de mármol también. La tumba de San Isidro está en el centro y cuatro columnas de pórfido sostienen sobre ella una hermosa corona de flores tallada en mármol de diversos matices dispuestos con tal propiedad que no parece sino que el arte ha excedido á la naturaleza. Las imágenes de los doce Apóstoles adornan por su parte exterior la cúpula de la capilla.

En la parroquia de San Sebastián he visto una silla que la Reina madre hizo construir para llevar los Sacramentos á los enfermos cuando hiciera mal tiempo. Está forrada de terciopelo carmesí bordado en oro y cubierta de piel con clavos dorados; tiene grandes cristales y una especie de pequeño campanario lleno de campanillas de oro. Cuatro curas la llevan cuando alguna persona de calidad estando enferma quiere recibir al Señor, acompañándola en seguimiento muchas gentes de la Corte. Más de mil cirios alumbran y el cortejo se detiene en las grandes plazas que se cruzan en su camino, mientras el pueblo, de rodillas, recibe la bendición, y los músicos y los cantores mezclan con la humana voz las notas de la guitarra y del arpa. Es generalmente por la tarde cuando se lleva, como he dicho, el Santísimo Sacramento con respetuosa ceremonia.

Cuando ha de celebrarse alguna fiesta en cualquier iglesia, desde la víspera se clavan en el suelo grandes mástiles, encima de los cuales se colocan unas parrillas en forma de cazoleta, bastante hondas y llenas de teas impregnadas de aceite y azufre, que arden produciendo por algunas horas hermosa claridad. Fórmanse calles con los mástiles colocados en fila y resulta una iluminación muy agradable, de la cual se hace uso también en toda clase de festejos públicos.

Las mujeres que van á la iglesia por la mañana oyen una docena de misas, pero sus muchas distracciones dejan claramente comprender que otros pensamientos les preocupan más que los rezos; llevan manguitos de media vara de largos y hechos con ricas pieles de marta, de modo que cada

manguito cuesta 400 ó 500 escudos, y es necesario que la que lo lleva extienda todo el brazo para poder introducir en el hueco la punta de los dedos; como las españolas en general tienen poca estatura, sus manguitos resultan casi tan altos como ellas, que llevan además un abanico, y tanto en invierno como en verano, mientras dura la misa, no paran de abanicarse. Siéntanse como los moros sobre las piernas cruzadas y toman con frecuencia polvo de tabaco sin confundirse, porque para esto, como para todo, tienen maneras muy finas y apropiadas. Cuando se levanta la Hostia, las mujeres y los hombres danse muchos puñetazos en el pecho, produciendo tal ruido que al oírlo por primera vez, volvíme sobresaltada, temerosa de que algunos riñeran golpeándose ferozmente.

Los caballeros (y aludo á los más galantes, que llevan una gasa en el sombrero), cuando la misa terminaba, recogíanse alrededor de la pila del agua bendita y al acercarse las damas á tomar agua para repetir la señal de la cruz, ofrecían-sela ellos con la mano, diciéndoles al mismo tiempo frases requebradoras. Ellas agradecían contestando con brevísimas palabras, pues necesario será convenir en que las españolas dicen sólo aquello más prudente y oportuno sin esforzarse gran cosa para pensarlo; su fácil ingenio les prepara las respuestas repentinamente.

Monseñor el Nuncio de Su Santidad ha prohibido bajo pena de excomunión que los hombres ofrezcan á las mujeres agua bendita, y se asegura que esta prohibición obedece á ciertas reclamaciones formuladas por maridos celosos. Lo cierto es que se observa el mandato, el cual no permite á los caballeros ni siquiera ofrecerse unos á otros el agua de las pilas en la iglesia.

Cualquiera que sea el rango de las españolas, nunca usan almohadones para arrodillarse y sentarse en los templos. Cuando entramos nosotras, con nuestras costumbres francesas, todos los concurrentes nos rodean; pero lo que más me incomoda es la consideración que aquí es necesario tener á las mujeres embarazadas, que suelen mostrarse más curiosas que las demás. Dícese que cuando las mujeres en tal estado

pretenden una cosa y no la consiguen porque alguno se la niegue, son víctimas de una dolencia que las hace malparir; de manera que para evitarles disgustos se las considera con derecho de molestar á todo el mundo como les plazca.

Las primeras veces que me sucedió esto, no me anduve con bromas y hablé secamente á las que de mi paciencia querían abusar; algunas se retiraron llorando sin atreverse á volver cerca de mí, pero en cambio hubo muchas que, sin apartarse quisieron ver mis zapatos, mis ligas y lo que yo llevaba en los bolsillos. Cuando yo me resistía, mi parienta me avisaba rogándome que fuera condescendiente porque si las gentes plebeyas reparaban mi proceder, serían capaces de apedrearme por el poquísimos caso que yo hago de lo que tanto respetan ellas. Las doncellas de mi servicio vense mucho más molestadas que yo, porque no tiene límites aquí la curiosidad importuna de las mujeres embarazadas.

Hanme referido que un joven caballero de la Corte, viviendo enamorado de una señora muy hermosa, para tener ocasión de hablar con ella burlando la vigilancia del marido, disfrazóse de mujer en cinta y fuése á casa de su adorada, diciendo que tenía el *antojo* de hablar á solas con la señora. El marido, ajeno de sospechas, aunque era celoso y no se apartaba de su mujer un solo instante, accediendo á la súplica se ausentó para dar tiempo á una larga y agradabilísima entrevista.

Cuando las mujeres embarazadas desean ver al Rey, se lo hacen saber por medio de algún criado palaciego, y el Rey sale á un balcón, donde permanece mientras ellas le miran.

Hace algún tiempo que una española recién llegada de Nápoles pidió al Rey que se dejara ver, y cuando le hubo mirado bastante, transportada por su celo, díjole cruzando la manos: «Ruego al cielo, señor, que os conceda la gracia de haceros algún día Virrey de Nápoles.» Créese, tal vez con fundamento, que alguien mandó representar esta comedia para informar al monarca de que la magnificencia desplegada por el Virrey de Nápoles, odioso á la mayoría, era superior con mucho á la de los Reyes de España. Con frecuencia llegan á nuestras habitaciones algunas damas que no cono-

ceмос y á las que mi parienta recibe con mucho agasajo porque están embarazadas.

Gracias al cielo ha terminado ya la Cuaresma, y aunque yo sólo he ayunado durante la Semana Santa, se me han hecho esos días más largos que toda la Cuaresma en París, porque aquí no se hace manteca, y la escasa que se vende viene de muy lejos, metida en tripas de cerdo y llena de gusanos, lo cual no quita para que sea más cara que la de Vauvre. Más vale contentarse con el aceite, que por cierto es buenísimo, pero que á todos no puede agradarnos á pesar de sus bondades; yo no lo pruebo sin que me haga daño, y como si esto no fuera bastante, por estar situada la villa de Madrid á cien leguas del mar, nunca podemos comer pescado fresco. Algunas veces traen salmones, con los cuales se hacen empanadas llenas de azafrán; el pescado de río no abunda, pero generalmente la gente se preocupa muy poco de todo esto, pues casi nadie ayuna, conociendo de antemano las dificultades con que tropieza quien pretende hacerlo. Véndense las bulas en casa del Nuncio, y la bula que se adquiere por tres reales permite comer manteca de leche y queso durante toda la Cuaresma y despojos los sábados de todo el año. Parece-me algo incomprensible que se permita comer las patas, la cabeza, los riñones y no el cuerpo de una res.

La carnicería permanece abierta durante la Cuaresma, como en el Carnaval, y es muy molesto el modo de vender carnes que usan aquí. El comprador trata con el carnicero por una ventanilla, pide aquél todo lo que le hace falta, y el carnicero no se digna contestarle; repite aquél, y éste le hace dar el dinero adelantado; al fin, si ha pedido un lomo de ternera, le da una pierna de carnero; recházala el comprador, alegando que ha pagado y desea otra cosa, y el carnicero retira la carne que ofreció y la sustituye por un pedazo de buey. Grita el comprador, porque tampoco es aquello lo que ha pedido, y el comerciante le tira su dinero á la cara, dándole además con el ventanillo en las narices. Inútil es ir á otra carnicería, porque usan en todas parecidos modales ó peores tal vez; así, lo más prudente y ventajoso es pedir lo que hace falta y tomar lo que dan los vendedores

á su antojo. La carne que aquí se gasta es muy seca y muy negra, pero con mucha menos cantidad que en Francia se hace un buen caldo. Todo es tan alimenticio, que un huevo aquí aprovecha más que un pollo en otra parte, sin duda por efecto del clima.

En cuanto al vino, me parece mediano. No es en Castilla donde se producen los excelentes vinos de España. Éstos provienen de Andalucía y de Canarias, y es preciso embarcarlos para que tomen la suavidad y la fortaleza que los distingue y hace agradables. El vino en Madrid es fuerte, pero áspero; y si á esto se añade que lo conservan en pellejos recubiertos de pez, podránse apreciar fácilmente sus malas cualidades. Así no me sorprende que los hombres en general sean poco bebedores, pues mucha voluntad se necesitaría para emborracharse con un brebaje de tal sabor. Véndese muy barato en cortas cantidades para los pobres, y para esta venta lo tienen todo el día en grandes lebrillos de barro donde, aireándose y moviéndose mucho cada vez que meten el jarro en el lebrillo, se avinagra, y apesta de tal modo, que al pasar por la calle cerca de una taberna es necesario taparse las narices.

La Cuaresma no reduce ni modifica las diversiones, porque son éstas constantemente muy morigeradas, ó por lo menos muy quietas y silenciosas. No deja nadie durante la Semana Santa de visitar las estaciones, sobre todo desde el miércoles hasta el viernes. Suceden cosas bien distintas en aquellos días entre los verdaderos penitentes, los amantes y los hipócritas. Algunas damas, con pretexto de la devoción, no dejan en tales días de ir á ciertas iglesias donde saben desde el año anterior que sus amantes irán deseosos de contemplarlas, y, aunque vayan seguidas de multitud de dueñas, como son grandes las apreturas, el amor les ofrece ayuda para librarse de los *Argos* que las vigilan, y escurriéndose revueltas en el gentío, van á una casa vecina que reconocen por cualquier señal, expresamente alquilada para servir á los amantes en aquel momento. Luego vuelven á la iglesia, donde las dueñas no dejaron de buscarlas, riñenlas por su poquísimo cuidado, y se hacen acompañar de cerca para

mentir con más disimulo; así los maridos que han guardado durante doce meses á su cara esposa, la pierden con frecuencia el día en que debió ella serles más fiel. El gran recogimiento en que ellas viven les inspira ideas de libertad, y su ingenio, ayudado por su ternura, pone á su alcance medios que sus propósitos facilitan.

Me ha parecido muy desagradable el espectáculo que ofrecen los disciplinantes; al ver el primero creí que me desmayaba; no se cómo puede parecer bien una cosa que horroriza y asusta. Un hombre se os acerca tanto que al golpearse, con su sangre salpica vuestro vestido, y esto es una galantería.

Para darse azotes con gallardía y hacer saltar la sangre á un punto determinado, hay reglas formuladas, y maestros que las enseñan y caballeros que las aprenden como se aprenden las artes de la danza y de la esgrima.

Los disciplinantes visten una túnica muy delgada que los cubre desde la cabeza hasta los pies, formando pequeños pliegues y tan amplia que para cada túnica empléanse 40 ó 50 varas de tela; llevan sobre la cabeza una caperuza muy alta, por delante de la cual pende una tira de lienzo que cubre la cara y en su parte superior tiene dos agujeros dispuestos para que vea por ellos el disciplinante, que lleva guantes y zapatos blancos y muchas cintas en las mangas de la túnica, que tiene dos aberturas por donde asoman los desnudos hombros. Generalmente llevan también enlazada en las disciplinas una cinta que á cada penitente regala su amante y ellos la lucen como un señalado favor. Para ser admirado y hacer bien las cosas es preciso no gesticular con el brazo y mover solamente la muñeca, que sean dados los golpes sin precipitación y que la sangre que salte de las heridas no manche la túnica. Despelléjense de una manera horrible los hombros, de cada una de los cuales brota un río de sangre. Los disciplinantes andan por las calles pausada y ceremoniosamente, y al llegar frente á las rejas de su amada se fustigan con una paciencia maravillosa. La dama observa esta caprichosa escena desde las celosías de su aposento, y por alguna señal bien comprensible ánimale para que se desuelle

vivo, dándole á entender lo mucho que le agradece aquella bárbara galantería.

Cuando los disciplinantes en su camino tropiezan con una señora hermosa, suelen pararse á su lado y sacudirse de modo que al saltar su sangre caiga sobre los vestidos de la dama. Esto es una notable atención, y la señora, muy agradecida, les da las gracias.

Cuando un hombre ha empezado á disciplinarse, ya necesita repetir el suplicio todos los años, y si no lo hace alguno, enferma. También usan esponjas llenas de alfileres, y frótanse con ellas como si fuera la cosa más fina y suave del mundo.

Al anochecer, algunos caballeros de la Corte van también á dar su paseo como disciplinantes; generalmente proyectan esto jóvenes locos, y avisan á sus amigos lo que piensan hacer. Los amigos les acompañan armados hasta los dientes. Este año el Marqués de Villahermosa y el Duque de Béjar salieron; el Duque, á las nueve de la noche bajó á la calle precedido de sus pajes, que le alumbraban con más de cien hachones. Iban delante sesenta caballeros, y detrás ciento, á los que seguían escuderos y lacayos. Todos juntos formaban una bonita procesión; las damas asomáronse á los balcones adornados con verdes colgaduras y con luces que las ayudaban á ver y las hacían más visibles. El caballero disciplinante pasa con su acompañamiento y saluda, pero con frecuencia ocurre que los dos disciplinantes que transcurren por las calles á la misma hora y con idéntico aparato, encuéntranse y hostíganse. Así ha sucedido este año con los nobles caballeros cuyo título nombré. Cada uno pretendía que le dejaran el paso libre los acompañantes del otro, y ninguno quiso ceder; los criados que iban delante llevando los hachones encendidos comenzaron á golpearse con ellos el rostro y á quemarse las barbas; los amigos de uno desenvainaron las espadas contra los amigos del otro, y los dos héroes de la fiesta, sin otras armas que las disciplinas con que venían castigando su cuerpo, se buscaron entre la confusión de la pelea, y al hallarse frente á frente dieron principio á un combate singular. Después de calentarse las ore-

jas con las disciplinas, recíprocamente comenzaron á dar y recibir puñetazos con la fiereza y la brutalidad propias de carreteros.

En estas algaradas no todo es diversión, porque los hombres riñen formalmente, se hieren y se matan, y las antiguas enemistades encuentran lugar de renovarse y satisfacer sus odios y sus venganzas.

Al fin, el Duque de Béjar cedió al Marqués de Villahermosa; recogieron las disciplinas hechas pedazos, y arregláronlas como Dios les dió á entender; las caperuzas, que habían rodado por el suelo, aunque sucias de barro, volvieron á cubrir las cabezas; lleváronse los heridos á sus casas. La procesión continuó andando grave y sosegadamente, recorriendo así media villa.

El Duque imaginaba tomar al día siguiente su revancha, pero el Rey no le permitió salir de casa, extendiendo contra el Marqués idéntico mandato.

(Se continuará.)





PUERTO RICO

Conclusión (I)

Descendiendo á mayores detalles y exceptuando únicamente aquellas naciones que figuran sólo en años aislados y con valores muy reducidos (Colombia, Haiti, Holanda, Portugal, las posesiones danesas y holandesas de América, y Suiza), diremos que los países que sostienen con Puerto Rico el comercio de exportación son los siguientes:

IMPORTACIÓN.—QUINQUENIO 1884-88.

PROCEDENCIA	PROMEDIO ANUAL — Pesos.
España.....	3.182.747
Inglaterra.....	3.131.803
Estados Unidos.....	2.825.536
Alemania.....	881.835
Posesiones danesas de América.	661.683
Cuba....	507.006
Posesiones inglesas de América.....	449.042
Francia.....	273.477
Méjico.....	119.681
Confederación Argentina y Uruguay...	103.325
Italia.....	43.850
Bélgica.....	28.112
Santo Domingo.....	9.054
Venezuela.....	8.664
Colombia.....	6.094

(I) Véase la pág. 247 de este tomo.

Relacionadas con la importación total las cifras correspondientes á los países que ocupan los primeros lugares en el cuadro que antecede, resulta que España representa el 25,9 por 100, Inglaterra el 25,5, los Estados Unidos el 23,0, Alemania el 7,2, las posesiones danesas de América el 5,4, Cuba el 4,1, las posesiones inglesas de América el 3,7 y Francia el 2,2. Debemos, sin embargo, advertir que en realidad no corresponde á España el primer lugar en el comercio de importación, sino á Inglaterra, y fácilmente lo comprenderá el lector si recuerda que en la Estadística comercial de Puerto Rico no figura el valor de las grandes cantidades de carbón mineral que la Isla recibe del extranjero, sin haber para esta omisión más causa que la de no devengar derechos de aduanas semejante mercancía. Ahora bien, como el carbón mineral importado á Puerto Rico procede principalmente de Inglaterra, y la diferencia que resulta á favor de España en el cuadro de importación es tan pequeña con relación á aquel país que se reduce á 50.944 pesos, cifra muy inferior á lo que deben valer los 86.973 quintales métricos que, por término medio anual, envía Inglaterra á Puerto Rico, resulta, según ya hemos dicho, que corresponde á esta última nación el primer lugar en el comercio de importación de Puerto Rico, por más que aparezca otra cosa á consecuencia del extraño criterio con que las oficinas de la Isla forman la estadística comercial.

Hé aquí las cifras absolutas y proporcionales que dan á conocer lo importado por término medio anual durante el quinquenio 1879-84 por los países que ocupan los primeros lugares en el precedente cuadro de importación:

PROCEDENCIA	IMPORTACIÓN	
	Cifra absoluta. — Pesos.	Tanto por 100 respecto á la importación total.
Inglaterra.....	4.360.259	29,8
España.. .. .	3.323.743	22,7
Estados Unidos.....	2.926.795	20,0
Posesiones danesas de América.....	1.409.468	9,6
Cuba.....	930.333	6,4
Alemania.....	578.666	3,5
Posesiones inglesas de América.....	507.797	3,5
Francia.....	211.490	1,4

Comparadas las precedentes cifras con las relativas al quinquenio 1884-88, resulta que en este último período Inglaterra, las posesiones danesas de América y Cuba, han importado mucho menos que en el anterior; también España, los Estados Unidos y las posesiones inglesas de América aparecen en baja, pero no con diferencia tan marcada como los citados países. Francia aparece con aumento, y con aumento aún más considerable el imperio de Alemania. Si las cifras proporcionales no resultan en armonía con estos resultados y, por ejemplo, la importación de España representa en el quinquenio 1884-88 el 25,9 por 100, mientras que en el quinquenio anterior sólo representaba el 22,7, consiste en que la importación total ha descendido considerablemente desde el uno al otro período.

A excepción de los países que sólo figuran en años aislados y con pequeñas cifras (Bélgica, Colombia, Haiti, Holanda y las posesiones holandesas de América), los que sostienen con Puerto Rico el comercio de exportación son los siguientes:

DESTINO	EXPORTACIÓN Promedio anual. — <i>Pesos.</i>
Estados Unidos.....	4.353.130
Cuba.....	1.882.313
España.....	1.709.736
Francia.....	1.153.973
Inglaterra.....	764.053
Posesiones inglesas de América... .	626.903
— danesas de América.....	308.942
Italia.....	219.965
Posesiones francesas de América... .	92.626
Alemania.....	60.492
Dinamarca.....	43.093
Austria.....	16.137
Venezuela.....	9.242
Santo Domingo.....	4.960

Relacionadas con la exportación total las cifras correspondientes á los países que ocupan los primeros lugares en el cuadro anterior, resulta que los Estados Unidos represen-

tan el 36,9 por 100, Cuba el 16,0, España el 14,5, Francia el 9,8, Inglaterra el 6,5, las posesiones inglesas de América el 5,3, las danesas también de América el 2,6 é Italia el 1,9.

Hé aquí las cifras absolutas y proporcionales que dan á conocer lo exportado por término medio anual durante el quinquenio 1879-84 por los países que ocupan los primeros lugares en el cuadro de exportación relativo al quinquenio siguiente:

DESTINO	EXPORTACIÓN	
	Cifra absoluta. — <i>Pesos.</i>	Tanto por 100 respecto á la exportación total.
Estados Unidos.....	3.494.353	30,9
Cuba.....	2.130.079	18,8
Inglaterra.....	1.861.660	16,5
España.....	1.194.327	10,6
Francia.....	752.324	6,7
Posesiones danesas de América.....	559.750	5,0
— inglesas de América.....	404.521	3,6
Italia.....	201.045	1,8

Comparadas las precedentes cifras con las relativas al quinquenio 1884-88, resulta que en este último período los Estados Unidos, España, Francia, Italia y las posesiones inglesas de América han exportado más que en el anterior. Cuba, Inglaterra y las posesiones danesas de América figuran en baja, sobre todo Inglaterra.

Como la exportación total correspondiente á los dos quinquenios comparados no presenta diferencia sensible, el resultado que arrojan las cifras absolutas guarda perfecta armonía con el que ofrecen las cifras proporcionales.

Por lo demás, Inglaterra importa principalmente carbón mineral, manufacturas de hierro, tejidos, máquinas, arroz, sombreros, quesos y aguas minerales; los Estados Unidos, harina de trigo, carne y manteca de cerdo, petróleo, carbón mineral, guano, grasas animales, bocoyes, papel, tablas y quesos; Cuba, cueros, licores y tabaco elaborado; Alemania,

carbón mineral, arroz, loza y porcelana, productos químicos y farmacéuticos, tejidos, cerveza y quesos; las posesiones inglesas de América, bacalao, pescado fresco y ahumado y tablas; la Confederación Argentina y el Uruguay, tasajo; Venezuela, cacao; Colombia, sombreros; Méjico, legumbres; las posesiones danesas de América, arroz, bacalao y maderas; Bélgica, arroz, mármoles y pastas alimenticias; Bélgica, máquinas y material para ferrocarriles, carbón mineral, parafina y estearina y arroz, y Francia, todos los productos más generales de la industria europea, pero en cantidades poco considerables, á excepción de las bebidas espirituosas, conservas, quesos, perfumería y aguas minerales, que alcanzan valores muy importantes.

Respecto á España descenderemos á mayores detalles, por el especial interés que para nosotros tiene todo lo que puede poner de manifiesto las relaciones entre la Península y Puerto Rico, y al efecto vamos á consignar á continuación el valor de las principales mercancías importadas por término medio anual durante el quinquenio 1884-88, á que corresponden los últimos datos oficiales publicados:

QUINQUENIO 1884-88.—TÉRMINO MEDIO ANUAL

MERCANCÍAS	<i>Pesos.</i>
Tejidos de todas clases.....	993.553
Harina de trigo.....	502.678
Vinos generosos.....	353.913
Calzado.....	197.891
Jabón.....	188.009
Vino común.....	118.161
Aceite de olivas.....	95.574
Legumbres secas.....	84.016
Hortalizas.....	74.661
Conservas alimenticias.....	61.746
Arroz.....	56.643
Aguardiente.....	52.343
Licores.....	46.869
Ácidos, alcaloides, etc.....	44.495
Estampas.....	28.728
Paraguas y sombrillas.....	17.872

En cuanto á la clase de productos exportados, no hay diferencia alguna entre los diferentes países que comercian con Puerto Rico; todos vienen á exportar los mismos, en mayor ó menor cantidad; todos recurren á las principales cosechas del país y al ganado; de suerte que, en este punto, lo que interesa saber es cómo se distribuyen entre los países exportados los principales productos de la Isla, dato que presentan los siguientes cuadros, expresivos del promedio anual correspondiente al quinquenio 1884-88:

EXPORTACIÓN DE AZÚCAR (1)

DESTINO	Quintales métricos.
Estados Unidos	520.570
Inglaterra	97.237
Posesiones inglesas de América	83.007
España	71.123
Dinamarca	6.597
Posesiones danesas de América	6.382
Alemania	1.766

EXPORTACIÓN DE CAFÉ (2)

DESTINO	Quintales métricos.
Cuba	60.485
Francia	38.084
España	25.471
Alemania	17.858
Estados Unidos	10.508
Italia	7.723
Inglaterra	5.564
Posesiones danesas de América	5.176
Austria	576

(1) También exportaron azúcar durante el quinquenio 1884-88 Bélgica, Colombia, Italia, Nueva Granada, las posesiones francesas y holandesas de América, Santo Domingo y Venezuela, pero en años aislados y pequeñas cantidades.

(2) También exportaron café durante el quinquenio 1884-88 Bélgica, Holanda, las posesiones inglesas de América, Santo Domingo y Venezuela, pero sólo en años aislados y en pequeñas cantidades.

EXPORTACIÓN DE TABACO (1)

DESTINO	Quintales métricos.
España	13.877
Cuba.....	4.874
Alemania.....	2.560
Posesiones danesas de América.....	974
Estados Unidos.....	528
Inglatera.....	490
Francia.....	263

EXPORTACIÓN DE MIEL (2)

DESTINO	Quintales métricos.
Estados Unidos.....	206.113
Posesiones inglesas de América.....	19 553
España.....	5.281
Inglaterra.....	3.287

EXPORTACIÓN DE GANADO VACUNO

DESTINO	Cabezas.
Posesiones francesas de América.....	2.901
Posesiones danesas íd.....	2.811
Posesiones inglesas íd.....	1.204
Cuba.....	69
Santo Domingo.....	7

De suerte que en la exportación de azúcar sobresalen los Estados Unidos, Inglaterra, las posesiones inglesas de América y España; en la de café, Cuba, Francia y España; en la de tabaco, España, Cuba y Alemania; en la de miel, los Es-

(1) En 1884-88 exportaron tabaco Bélgica, Haiti, Italia, Santo Domingo, Nueva Granada y Venezuela, pero en años aislados y pequeñas cantidades.

(2) Son insignificantes y corresponden á años aislados las cantidades de miel exportadas durante el quinquenio 1884-88 por Cuba, Dinamarca, Francia, Venezuela y las posesiones francesas y holandesas de América.

tados Unidos, y en la de ganado vacuno, las posesiones que tienen en América Francia, Inglaterra y Alemania.

El cuadro que sigue da á conocer los valores importados y exportados por término medio anual durante el quinquenio 1884-89 por cada uno de las aduanas de la Isla:

ADUANAS	Exportación. — <i>Pesos.</i>	Importación. — <i>Pesos.</i>
Ponce.....	3.060.962	3.180.152
San Juan de Puerto Rico.....	2.231.064	5.463.520
Mayagüez.....	2.179.619	2.057.291
Arecibo.....	873.775	550.833
Aguadilla.....	803.032	383.413
Humacao.....	633.548	212.929
Arroyo.....	627.516	262.493
Fajardo.....	358.770	56.808
Vieques.....	266.927	111.824
Naguabo.....	208.249	»
Guanilla.....	145.583	»

Colocados por orden de mayor á menor los valores exportados por cada una de las aduanas de la Isla, fácilmente se advierte la gran ventaja que en este punto llevan las de Ponce, San Juan de Puerto Rico y Mayagüez á todas las restantes. También son estas tres aduanas las de mayor importación, pero no guardando entre sí el mismo orden con que acabamos de nombrarlas, pues las mayores cifras corresponden á la aduana de la Capital, la de Ponce figura en segundo lugar, y la de Mayagüez en tercero. Las aduanas de Arecibo y Aguadilla ocupan en la escala de importación el mismo sitio que en la de exportación, es decir, el cuarto y quinto respectivamente, y á continuación, por el mismo orden con que vamos á nombrarlas, figuran las de Arroyo, Humacao, Vieques y Fajardo. Por las de Naguabo y Guanilla no se ha hecho importación alguna durante el quinquenio 1884-89.

Las aduanas que en 1888 exportaron mayor cantidad de azúcar fueron: la de Ponce, 133.374 quintales métricos; la Capital, 115.349, y Mayagüez, 80.554; las que exportaron

más café: la de Ponce, 91.948; Mayagüez, 64.540, y la Capital, 54.715; las que figuran con mayor exportación de tabaco fueron: la de la Capital, 13.826, y Arrecibo, 1.211, y las mayores cantidades de miel exportadas corresponden á las aduanas de Ponce, 95.307; Arroyo, 28.657; Mayagüez, 27.467, y Humacao, 24.249.

Clasificados por banderas conductoras los valores de la importación, se obtienen los resultados siguientes:

QUINQUENIO 1884-89.—PROMEDIO ANUAL

Importación.

	PESOS	POR 100
Bandera nacional.....	9.483.500	77
— extranjera.....	2.795.763	23
TOTAL.....	12.279.263	100

Exportación.

Bandera nacional.....	4.958.219	42
— extranjera.....	6.832.828	58
TOTAL.....	11.791.047	100

De suerte que del total de valores importados corresponden el 77 por 100 á la bandera española y el 23 á la extranjera. En la exportación la bandera nacional representa el 42 por 100, y el 58 la extranjera.

Á 1.750 ascendió por término medio anual el número de buques que arribaron á las costas de Puerto Rico procedentes del exterior durante el quinquenio 1879-83, y á 1.488 en el siguiente. Los que salieron de los puertos de la Isla fueron respectivamente 1.572 y 1.389. Así lo ponen de manifiesto las siguientes cifras, que ofrecen una nueva prueba del hecho en todas parte observado de ser cada vez mayor el tonelaje de las embarcaciones, puesto que el aumento obtenido en el número de buques desde 1879 á 1883 es muy poco considerable, y, sin embargo, el de las toneladas ascendió

el doble en la exportación y casi duplicó en la importación. Comparado el quinquenio 1884-88 con el anterior, el hecho ya no resulta tan marcado, pero existe, puesto que el número de buques ha disminuído, tanto en la entrada como en la salida, y el de toneladas de arqueo ha aumentado, como puede verse á continuación:

AÑOS	ENTRADA		SALIDA	
	Buques.	Toneladas de arqueo.	Buques.	Toneladas de arqueo.
1879.....	1.731	783.043	1.386	545.867
1880.....	1.854	917.032	1.581	715.505
1881.....	1.672	981.422	1.682	988.872
1882.....	1.586	1.145.340	1.502	992.687
1883.....	1.907	1.227.853	1.707	1.113.383
<i>Promedio.....</i>	1.750	1.010.938	1.572	871.263
1884.....	1.659	1.057.947	1.449	886.605
1885.....	1.648	1.108.396	1.544	971.737
1886.....	1.374	1.488.904	1.307	841.332
1887.....	1.344	1.023.656	1.303	877.582
1888.....	1.408	1.243.924	1.344	962.633
<i>Promedio.....</i>	1.488	1.184.565	1.389	907.978

Clasificados los precedentes datos según la nacionalidad de los buques y la circunstancia de conducir ó no carga, se obtienen por término medio anual, con relación al quinquenio 1884-88, los resultados siguientes:

		PROMEDIOS ANUALES		
		QUINQUENIOS		
ENTRADA		1879-83	1884-88	
Buques con carga.	Bandera nacional...	Buques.....	763	773
		Toneladas de arqueo..	516.518	714.203
	Bandera extranjera..	Buques.....	549	369
		Toneladas de arqueo..	296.961	217.514
Buques en lastre.	Bandera nacional...	Buques.....	126	78
		Toneladas de arqueo..	86.044	45.797
	Bandera extranjera..	Buques.....	312	367
		Toneladas de arqueo..	127.033	107.088

SALIDA		PROMEDIOS ANUALES	
		QUINQUENIOS	
		1879-83	1884-88
Buques con carga.	Bandera nacional...	Buques..... 461	483
		Toneladas de arqueo.. 317.055	425.726
	Bandera extranjera..	Buques..... 790	661
		Toneladas de arqueo.. 343.514	303.837
Buques en lastre.	Bandera nacional...	Buques..... 176	150
		Toneladas de arqueo.. 126.055	124.869
	Bandera extranjera..	Buques..... 144	96
		Toneladas de arqueo.. 84.637	57.554

Dedúcese del presente cuadro que el número de buques nacionales con carga va en aumento, tanto en la importación como en la exportación, mientras que el de extranjeros, también con carga, ha disminuído en la entrada y en la salida. Comparados entre sí los buques nacionales con carga y los nacionales en lastre, resulta que en la importación los segundos representan el 19 por 100 del total de buques durante el quinquenio 1879-83, y el 10 por 100 en el período siguiente. En la exportación, los buques nacionales en lastre representan el 28 por 100 del total de buques españoles en el primero de los mencionados períodos, y el 24 en el segundo. Los buques extranjeros en lastre representan en la importación el 71 por 100 del total de buques de iguales nacionalidades en el quinquenio 1879-83, y el 82 en el quinquenio siguiente. En la exportación, estas cifras proporcionales se convierten en el 15 y 14 por 100 respectivamente. Pero esto es considerando el movimiento de buques en general. Si se toma como base de la comparación la carga efectiva de los buques entrados y salidos durante el quinquenio 1879-83, resulta que en la importación ha ascendido considerablemente la parte de esta carga transportada en buques nacionales, puesto que en 1879 representaba sólo el 37 por 100, y en 1883 se elevó al 60. Igual tendencia se observa en los años posteriores, en atención á que las toneladas métricas transportadas por término medio anual en buques españoles representaban el 43 por 100 en el quinquenio

1879-83, y en el siguiente constituyen el 51; de suerte que hoy los buques nacionales llevan á Puerto Rico más carga que los extranjeros. Pero no ha sucedido lo mismo con la exportación. Las toneladas métricas exportadas por buques nacionales no representan más que el 26 por 100 del total en ambos quinquenios, aunque considerada en absoluto la carga transportada en buques nacionales ha aumentado también en la exportación, desde 32.050 toneladas métricas en el quinquenio 1879-83, á 35.262 en el quinquenio siguiente. Los cuadros que siguen confirman todas estas observaciones:

IMPORTACION			
AÑOS	BANDERA	BANDERA	TOTAL
	NACIONAL	EXTRANJERA	—
	Toneladas métricas.	Toneladas métricas.	Toneladas métricas.
1879.....	68.516	117.757	187.273
1880.....	43.832	66.389	110.221
1881.....	24.083	57.675	81.758
1882.....	41.898	37.553	79.451
1883.....	69.263	47.161	116.424
<i>Promedio</i>	49.518	65.307	114.825
1884.....	82.242	49.732	131.974
1885.....	56.652	52.244	108.896
1886.....	47.777	49.079	96.856
1887.....	58.805	48.414	107.219
1888.....	46.495	79.161	125.656
<i>Promedio</i>	58.394	55.726	114.120
EXPORTACION			
1879.....	16.612	92.903	109.515
1880.....	33.281	69.844	103.125
1881.....	42.234	85.011	127.245
1882.....	40.694	89.569	130.263
1883.....	27.431	119.083	146.514
<i>Promedio</i>	32.050	91.282	123.332

AÑOS	BANDERA NACIONAL	BANDERA EXTRANJERA	TOTAL
	Toneladas métricas.	Toneladas métricas.	Toneladas métricas.
1884.....	40.320	106.647	146.967
1885.....	39.845	107.280	147.125
1886.....	25.316	87.429	112.745
1887.....	33.328	108.446	141.774
1888.....	37.500	93.573	131.073
<i>Promedio.....</i>	35.262	100.675	135.937

Las banderas que figuran por lo menos en tres años y con cifras de más ó menos consideración en el movimiento de buques por los puertos de Puerto Rico durante el quinquenio 1884-88 son las siguientes:

BANDERAS	TONELADAS MÉTRICAS	
	Promedio anual.	
	Entrada.	Salida.
Española.....	49.762	35.483
Alemana.....	2.324	4.474
Angloamericana.....	22.325	39.117
Danesa.....	190	2.050
Francesa.....	1.630	3.685
Inglesa.....	24.747	37.585
Italiana.....	244	141
Sueca y Noruega.....	4.612	12.101

Según puede haberse advertido, las banderas que figuran con mayor número de toneladas métricas son la española, la inglesa y la angloamericana. En la entrada, las toneladas métricas transportadas por buques de estas tres naciones representan el 85 por 100 de la carga total, y en la salida, el 83.

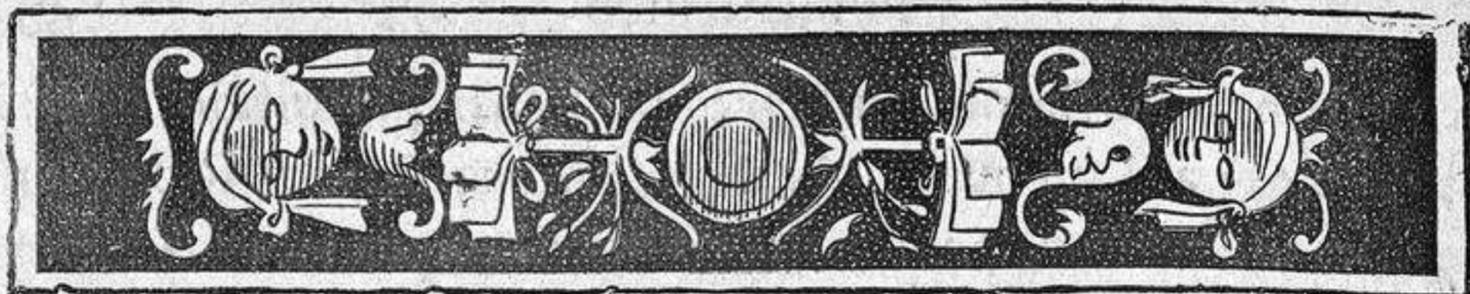
Y con esto hemos terminado la exposición del movimiento mercantil de Puerto Rico, tal como resulta de las estadísticas oficiales publicadas. Sencillas reformas legislativas, encaminadas á dejar expedita la acción individual, han bastado

para imprimir á la producción del país el extraordinario impulso que ponen de manifiesto las cifras consignadas; fáciles son de calcular los progresos que en esta parte podrían obtenerse si, después de removidos todos los obstáculos con que luchan las transacciones mercantiles en el terreno puramente legal, se las favoreciese con medios materiales, dirigidos á destruir los inconvenientes de todo género que ofrece la falta de comunicaciones. Verdaderas maravillas habían de realizarse en brevísimo tiempo. Pero no sólo debe servir de estímulo á remediar tan apremiante necesidad el admirable modo como el comercio de la Isla ha respondido á cuantas facilidades se le han otorgado, por insignificantes que hayan sido. Hay, además, otra circunstancia que obliga á proceder en este punto con la mayor diligencia. Lo que hace algunos años pudo parecer quimera, comienza ya á ser una realidad. El Canal de Panamá está construyéndose, y muy grande ha de ser la corriente mercantil que esta nueva vía marítima ha de hacer pasar á lo largo de la costa Norte y Oeste de la Isla. Mas á fin de que no resulte estéril este afortunadísimo suceso, es indispensable que desde los primeros momentos encuentre á la Isla preparada para que sean sus puertos, al mismo tiempo que depósito de todas las producciones del país, aun las obtenidas en las comarcas más alejadas de la costa, cómodo y seguro albergue para toda clase de embarcaciones. De otro modo, en nada conocerá el productor insular los nuevos mercados abiertos en la costa occidental de América, y otros puertos, de peores condiciones naturales que los de la Isla, pero sometidos á Gobiernos más previsores, se llevarán los buques por nuestra incuria rechazados. «Desde que se anunció—dice á este propósito el Sr. Gadea en su citada Memoria—la apertura del Canal que ha de unir el Atlántico con el Pacífico, todas las Antillas mayores y gran parte de las menores presintieron la influencia que este hecho había de tener en sus intereses comerciales; ninguna tan favorecida como Puerto Rico para vencer en la competencia entre ellas establecida; y sensible sería que por un descuido imperdonable viniese á caer en el error que fué causa de que haya tenido que ser tributaria por

largo tiempo de Saint Thomas, por haber permitido que se estableciese allí un puerto de depósito que Puerto Rico, con mejores elementos, pudo haber obtenido para sí.» La observación no puede ser más exacta, ni más oportuno el recuerdo. ¿Se aprovecharán?

J. JIMENO AGIUS.





LOS PRÍNCIPES DE LA POESÍA ESPAÑOLA

POR DON JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

CONTINUACIÓN (I)

DE DON JUAN DE TASSIS Y PERALTA

CONDE DE VILLAMEDIANA

SONETOS

III

Callar quiero y sufrir; pues la osadía
De haber puesto tan alto el pensamiento,
Basta por galardón del sufrimiento
Sin descubrir más loca fantasía.

Sufrir quiero y callar; mas si algún día
Los ojos descubrieran lo que siento,
No castigéis en mí su atrevimiento,
Que lo que mueve Amor no es culpa mía.

Ni aun ellos por mirar el propio objeto
De su felicidad merecen pena:
Que basta la que sufren con su ausencia.

¿Mas cómo podrá Amor estar secreto
Dentro de un alma de esperanza ajena,
Si la piedad no esfuerza su paciencia?

IV

EN EL DESTIERRO

Aquí, donde de uno en otro anego,
La razón no da ya conocimiento,

(I) Véase la pág. 297 de este tomo.

Pues es fuerza temer muerte y tormento
Si á esta llama amorosa no me niego;
Aquí podré rendirme á mi sosiego,
Olvidando aquel grande atrevimiento,
Que me tuvo en continuo movimiento
Por no quedar á vista del sol ciego.

Aquí, en fin, libre ya de que mi vida
Del planeta mayor trofeo sea,
Por castigar pasión tan atrevida;

Aquí viviré exento de la fea,
Mancha de muerte infame y dolorida,
Y aquí veré, por más que nunca vea.

V

Ausencia de dos almas es distancia;
Y debe ser distancia, mas no ausencia,
Cuando amor en ideas de presencia
De inseparable amor forma constancia.

De afectos puros, lícita jactancia
Mental, opuesta á material violencia,
Para que con su aliento la paciencia
Sea corona la fe de tolerancia.

Los ojos que del ínfimo elemento
Originaron su común defecto,
Lloren ciegos y ríndanse mortales.

La parte superior del pensamiento
En complicados ñudos con su objeto
Logre prendas de fines inmortales.

VI

Como la simple mariposa vuela,
Que tornos y peligros multiplica,
Hasta que alas y vida sacrifica
En lo piramidal de la candela;

Así del tiempo advierte la cautela
Una pasión de desengaños rica,
Y su inadvertencia califica
Las injurias que busca y no recela.

De semejante impulso, que el alado
 Cándido, aunque lascivo pensamiento,
 Á morir me conduce en mi cuidado,
 Yo me voy por mis pasos al tormento,
 Sin que se deba al mal solicitado
 Los umbrales pisar del escarmiento.

VII

Bellísima sirena de este llano;
 Estrella superior de esfera ardiente;
 Animado cometa floreciente;
 Con rayos negros serafín humano;
 Sol que á la cumbre de tu luz en vano
 Resistir puede el lince más valiente;
 Fénix que peregrina únicamente
 Logra región de clima soberano;
 Aunque la envidia exhale los alientos
 De su veneno, el mérito seguro
 Luce en símbolo claro de constancia;
 Revuélvanse ambiciosos elementos:
 Que el cielo es siempre cielo y siempre puro,
 Y accidentes no alteran su sustancia.

VIII

VOLVIENDO UN AMANTE Á LA VISTA DE SU DAMA, DE UN DESTIERRO
 QUE LE MOTIVÓ SU AMOR, HACE PROPÓSITO DE MORIR ANTES QUE
 OLVIDARLA.

Después de mucho viento y mar cortado
 Dió un piloto su nave á dulce puerto,
 Por lograr cielo amigo y tiempo abierto
 Sobre arenas pacíficas varado.

Adonde siete lunas al cuidado
 Se anegó de una brava y aire incierto,
 Debiendo á las envidias lo inexperto,
 Debiendo á los peligros lo avisado.

Hoy vuelve á navegar con nuevo engaño
 Expuesto á las injurias de los vientos,
 Observando á planetas los semblantes.

Conozca, pues, el tiempo, sienta el daño:
Su ruina, trofeo de elementos
Será, cuanto escarmiento á navegantes.

IX

La llama recatada que encubierta
La tuvo justo miedo de advertida,
Vuelva ahora, de afectos impelida,
Al sol que la fomenta descubierta.

Amor es quien la sopla y quien despierta
Mi antigua pena al parecer dormida,
Amor que alarga á mi deseo la vida
Y no da vida á mi esperanza muerta.

Yo estoy muriendo en medio de este fuego
De esperanza, y no en sufrir cobarde
Penas de olvido, olvido de mi muerte.

Mas no dejo de ver, estando ciego,
Que no hay remedio ó bien que ya no tarde,
Ni mal que contra mí no se convierte.

X

Un mal me sigue y otro no me deja:
Si callo, no me sufro á mí conmigo;
Y si pruebo á quejarme, cuanto digo
Nuevo peligro es, y culpa vieja.

Ya la noticia cumple, pues se aleja;
Mas la distante voz de un enemigo
Despierta las ofensas y el castigo,
Y la razón sepulta que mi queja.

¿Qué haremos, pues, sino morir callando,
Hasta que la fortuna desagравie
Razón tan muerta, sinrazón tan viva?

Los preceptos inicuos tolerando
Del tiempo, que aunque muera, que aunque rabie,
La voz no hable, ni la pluma escriba.

XI

¡Ay! loco amor, verdugo de la vida;
 Confuso laberinto del cuidado;
 Hoy del sosiego, siempre desdichado,
 De caer en tus manos de homicida;
 ¿Tú te atreves á mí? ¿Tú, que perdida
 Tuviste la victoria, que has ganado,
 Hallándote de mí tan despreciado
 Que no temí tu flecha endurecida?
 Ya te vengas, cruel, que ejecutaste
 Los efectos en mí de tus favores:
 ¡Mira que estoy, si no rendido, muerto!
 Y, aunque si de vencerme te gloriaste,
 Dirás que me mataron tus rigores:
 Que me rendiste; ¡no lo dirás cierto!

XII

Del incendio que abrasa mis sentidos
 Suben al cielo el humo y las estrellas:
 Al lamentable son de mis querellas
 Las fieras suelen dar tiernos oídos.
 Quise ver tus afectos conmovidos;
 Temo también quién es la causa de ellas;
 Con esto, dando más que con tenellas,
 Cruel silencio ha puesto en mis gemidos.
 Mas conviene sufrir estos agravios,
 Tristes suspiros míos, y el despecho
 Que hasta el aire también quiso quitaros,
 Y pues que ya el rigor cerró los labios,
 Retorciendo volved al hondo pecho,
 Que en él aras tenéis donde inmolaros.

XIII

Dejadme descansar, cuidados tristes,
 Que esta vida es más vuestra, que no mía:
 Sed, pues sois compañeros, compañía;
 Haced bien á quien tanto mal hicisteis.

Pero si es que á matar sólo vinistes,
Acabad con mi muerte mi porfía;
Ayudadme á llorar una alegría
Que en años de pesar la convertistes.

Dejadme suspirar, desconfianza;
Que cuanto me está mal, todo lo creo:
¡Basta ya mi memoria por venganzal
Huyendo voy de lo que más deseo,
Y con él un cuidado al otro alcanza:
¡Cuánto temo de mal, tanto mal veo!

XIV

Ligurino Jason abeto alado
A los húmedos piélagos confía,
Y la cuna y la tumba pisa al día
El vasto campo de Anfitrite arado;
Cuyo triunfante nombre trasladado
De la región ardiente á la más fría,
Cediendo á la prudencia la osadía
Esta marina le admiró varado.

¿Qué esperas, pues, oh barca perseguida,
De los impulsos de fortuna varios
Con las alas del tiempo reducida,
Donde si la razón entre contrarios
Vientos te niega puerto y acogida,
Sepultura es el mar de temerarios?

XV

Miro el inquieto mar, como el piloto,
Que, corriendo fortuna en golfo incierto,
Á pesar de las ondas, toma puerto,
Débito á los efectos de su voto.

Y cuelgo las reliquias, que devoto
Saqué á luz del engaño descubierto,
Y, vivo á conocer, á esperar muerto,
Suelto el timón de la paciencia roto.

Porque luchar con la paciencia en vano
Otro aliento requiere y otros brazos
De más válida fuerza que los míos.

No me tuvo al caer piadosa mano,
Y la engañada fe quedó en los lazos
De un fiel amor, pagado con desvíos.

SÁTIRAS

CONTRA PEDRO VERGEL, ALGUACIL DE CORTE

I

Fiestas de toros y cañas
Hizo Madrid á su Rey,
Y por justísima ley
Llenas de ilustres hazañas.

La luna de todas ellas,
Con ardimiento gentil,
Engrandeció un alguacil
Con mil circunstancias bellas.

El caballero novel
Valiente, bravo y brioso
Se ha presentado en el coso
Florido como un Vergel.

Sus galas son peregrinas,
Pues le hacen contrapeso
Á martinetes de hueso
Cintillo de cornarinas.

Miró al toro con desdén
Vergel, y el toro repara
Que ve con cuernos y vara
Un retrato de Moisés.

Duda el toro la batalla,
Y no sabe, en tanto aprieto,
Si ha de perder el respeto
Al rey de la Cornualla.

El toro tuvo razón
De no osar acometer;
Pues mal pudo él oponer
Dos cuernos contra un millón.

Mal gobierno fué por Dios,

Sabiendo que se embaraza
La fiesta, echar en la plaza
Los toros de dos en dos.

¡No causéis tan grande inopia
Al mundo, toro cruel,
Que si matáis á Vergel,
Destruís la cornucopia!

Pero no saldrás con lauro:
Huye, toro, que te atajan;
Mira que sobre ti bajan
Aries, Capricornio y Tauro.

Guarda á Vergel el decoro,
Que en la presencia del Rey,
El que fué tan manso buey
Se ha trocado en bravo toro.

De obras y armas te apercibe,
Toro, para tu defensa:
Que á Vergel no hacen ofensa
Cuernos, pues con ellos vive.

Arremetió el toro infiel
Á Vergel, y con destreza
Por encima su cabeza
Hizo dar vuelta á Vergel.

Lleno de coraje acerbo
Se levanta y mete mano
Animoso, fiero, ufano
Y ligero como un ciervo.

Conseguirás lauro eterno,
Vergel, con sumo decoro;
Pues venciste toro á toro,
Peleando cuerno á cuerno.

Por Dios que admira el indicio
En enemistad tan grave,
Si no es porque el mundo sabe
Que sois ambos del oficio.

Su político gobierno
Honor en los hombres labra,
En todos por la palabra,
Mas en Vergel por el cuerno.

Mercedes esperar pudo
Con que á todos se anteponga

Vergel, que le den que ponga
El mismo Tauro en su escudo.

De estos peligros externos
Cuál sea el más grave ignoro,
Verse en los cuernos del toro
Ó en el toro de los cuernos.

En ocasión oportuna
Anduviste, Vergel, hombre:
Hoy colocaste tu nombre
En los cuernos de la luna.

II

De un toro mal ofendido
Se vió Vergel encornado,
Con sus armas acosado
Y en sus cuernos perseguido.
En su defensa advertido
Acuchilla al toro fiero
Cuando el vulgo lisonjero
Dice entre confusas voces:
—Toro, pues no le conoces,
Debes de ser forastero.

Disfrazado en caballero
Vergel en la plaza entró:
El toro le derribó
Y cayósele el sombrero.
Como los mostró de acero
Fué del toro conocido;
Y viéndose de él vencido,
Humilló sus armas dos
Diciendo:—Vergel, á vos
Todo cuerno sea rendido.

Guardó el decoro á Vergel
Delante del Rey un toro;
Fué necesario el decoro
Mirándose el toro en él.
Si en el primero cuartel,
Por hazañas mujeriles,

Puso blasones toriles,
Ya puede este amante tierno
Dar blasones de su cuerno
Nacido en huertos pensiles.

Que muera á cuernos Vergel
No es desdicha, sino gala,
Que su vida no señala
Otra muerte más cruel.
Volteóle el toro á él,
Y él le dió de cuchilladas,
Y, delante del Rey dadas,
Que le harán merced espero;
Porque le valgan dinero
Los cuernos y las cornadas.

Vergel, con razón sentido
De que un toro se le atreva,
Á cuchilladas le lleva
Maltratado y mal herido.
Huye el toro, aunque ofendido,
Y así la prudencia ataja,
Por ver que en vano trabaja,
Si ha de vencer en Vergel
Otro toro mayor que él
Y con armas de ventaja.

¡Que le perdiese el decoro
Delante del mismo Rey
Un advenedizo buey
Á un tan conocido toro!
¡Diera por Dios un tesoro
Porque Vergel *le amarrara*,
Pues pudiese cara á cara
Ponersele, y cuerno á cuerno,
Y no querer por lo tierno
Poner á riesgo la vara.

III

¿Qué tiene, señor Vergel,
Que da tan grandes bufidos?

¡Qué! ¿No hay en Madrid maridos,
 Ni en el mundo, sino él?
 Ese cornudo novel (1)
 Que pueda igualarle dudo,
 Y aunque es ciego, sordo y mudo,
 Cuando más quiera sufrir,
 No ha de poder competir
 Contigo, Protocornudo.

La futura sucesión
 De oficio que es tan honrado,
 Se debe al nuevo velado
 De justicia y de razón.
 De todo ilustre c.....,
 Becerro, ganso y venado,
 Rey es Vergel, coronado
 De preciosa cornerina,
 Y Santiago de Medina
 Es el príncipe jurado.

El Vergel do se apacienta
 Todo c..... es Vergel;
 Y su casa es arancel
 Que quiere que se consienta.
 No tiene ni pide cuenta;
 Los estorbos adivina;
 No da ni toma mohina;
 Y este trato le ha enseñado,
 Como toro amadrigado
 Al novillo de Medina.

IV

La llave del toril por ser más diestro
 Dieron al buen Vergel, y por cercano
 Deudo de los que tiene so su mano:
 Que le tiene esta villa por cabestro.

(1) Por Santiago de Medina, cofrade de Pedro Vergel en las chanzas de la corte.

Aunque en esto de cuernos es maestro
Y de la facultad es el decano,
Un torillo, enemigo de su hermano,
Al suelo le arrojó con fin siniestro.

Pero como jamás hombres han visto
Un cuerno de otro cuerno horadado
Y Vergel con los toros es bien quisto;
Aunque otra vez le vieron apurado,
Bueno y sano salió, gracias á Cristo:
Que Vergel contra cuernos es fadado.

V

¡Qué galán que entró Vergel
Con cintillo de diamantes,
Diamantes que fueron antes
De amantes de su mujer!

VI

Á los toros de Alcalá
Por la posta va Vergel;
Un cometa va con él.
¡Válgame Dios! ¿qué será?

DE D. ÁLVARO ENRÍQUEZ DE ALMANSA

MARQUÉS DE ALCAÑICES

GENTILHOMBRE DE FELIPE IV Y SU CAZADOR MAYOR

REDONDILLAS

¿Cómo podré lo que os quiero,
Señora, representaros;
Pues, matándome el miraros,
Sólo por miraros muero?

Siempre os quisiera mirar
Sin que se echara de ver;
Pero quien sabe querer
No sabe disimular.

La más lícita invención
El dulce amor no consiente;
¿Cuál amante, el más prudente,
Supo el arte en la ocasión?

Antes el medio mejor
Es sufrir, perseverar;
Que el artificio de amar
Pone duda en el amor.

El tormento que recibo
Es ocasión del vivir,
Pues la causa del morir
Es la que me tiene vivo.

Estar presente y ausente
Á un mismo tiempo deseo,
Porque tiemblo cuando os veo
Y me alegro juntamente.

¡Qué bien que se determina
El pensamiento en ausencia!
Viéndoos, en vuestra presencia,
¡Qué cobarde se imagina!

¡Qué alteración y violencia
Se derrama en mis sentidos!
Despiertos están dormidos
En una presente ausencia.

Cuando es el amor perfeto,
Dentro del alma engendrado,
Cuando es mayor el cuidado
Está el temor más sujeto.

Así en la desconfianza
Crece el prudente temor,
Siendo más firme el amor
Cuando es firme la esperanza.

Irme quisiera y estarme,
Señora, y en un momento
Si me aparto, me arrepiento,
Si vuelvo, quiero tornarme.

Siempre se ve turbación

Cuando es el amor perfecto;
Porque es madre del afecto
La cuerda imaginación.

Donde hay mucha voluntad,
Ha de haber mucho temor;
Muestras son de grande amor
No tener seguridad.

Pues no hay fortuna segura,
Temor es gran prevención:
Que yo tendré la razón
Y otro tendrá la ventura.

(Se continuará.)





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO (1)

La prueba, segunda parte de Una cristiana, por EMILIA PARDO BAZÁN.—Madrid, La España Editorial, 1890.—En 8.º, 294 páginas: 3 pesetas.

Á nuestro juicio, esta segunda parte de la última producción que ha dado á la estampa la insigne coruñesa es incomparablemente superior á la primera. Tan hermosa nos parece, hay tantos primores de estilo y profundidades de concepto, campea en la narración tal suma de perfecciones, que nos atrevemos á asegurar que *La prueba* es el mejor de los libros de D.^a Emilia Pardo Bazán. Todo en él es natural é interesante; no huelga una sola palabra, y el lector no deja el volumen de la mano hasta que llega á la última de sus páginas: encanta, seduce y conmueve. Doña Emilia demuestra que se puede escribir una novela muy naturalista y muy humana sin pintar tipos que repugnan por lo viciosos y cuadros que obligan á apartar el estómago con asco.

Si la escritora que hoy enaltece á su patria con su privilegiadísimo talento prosigue en su nueva tendencia, producirá obras artísticas y morales, acrecentará su renombre y merecerá aplausos calurosos de los amantes de la literatura.

*
* *

La prostitution à Paris, por EMILIO RICHARD.—París, J. B. Baillière et fils, editores, 1890.—En 8.º, 295 páginas: 3,50 pesetas.

Después de cuatro años de constantes estudios, el Sr. Richard presentó en Marzo último al Municipio de París, por

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al Director de esta publicación.

encargo de la Sección sanitaria, una Memoria en la cual indica la manera de reorganizar el servicio referente á la prostitución. Dicho trabajo sirve de base á la útil obrita que acaban de dar á luz los Sres. Bailliére en su *Biblioteca científica contemporánea*. El autor, entre otros puntos de gran interés, examina desde el punto de vista de la salud pública cuáles son las consecuencias de la reglamentación actual de la prostitución; discute las reformas que podrían introducirse inspirándose en principios de libertad y de humanidad, y propone un conjunto de resoluciones prácticas que vienen á sancionar las concienzudas investigaciones á que ha doce años se entrega el Ayuntamiento de París con el fin de evitar que se propaguen ciertas enfermedades.

*
* *

Sor Filomena, por EDMUNDO y JULIO GONCOURT. Traducción de H. Giner de los Ríos.—Madrid, Sáenz de Jubera hermanos, editores, 1890.—En 8.º, 349 páginas: 4 pesetas.

Ésta es una de las producciones literarias más hermosas y sentidas de los célebres escritores Goncourt. Imposible que el lector no se sienta conmovido por los cuadros naturalmente páteticos que presentan los autores, quienes, como es sabido, llegaron á ser maestros de la lengua y consiguieron expresar con admirable exactitud todas las emociones del alma. Con decir que el Sr. Giner de los Ríos es el traductor, se dice que no ha perdido nada la preciosa novela en su versión al castellano, y con mentar á los hermanos señores Sáenz de Jubera por editores, vale tanto como afirmar que el volumen es muy notable por su elegancia, buen gusto y la artística belleza de los numerosos grabados que lo adornan.

*
* *

El alma de Pedro, por JORGE OHNET.—Madrid, La España Editorial, 1890.—En 8.º, 426 páginas: 4 pesetas.

Digan cuanto quieran los detractores de Ohnet—más encarnizados que los del mismo Zola,—el escritor que logra se impriman 300.000 ejemplares de una de sus novelas, ha de tener algo de notable, imposible que sea una vulgaridad. Ohnet ha sabido idear libros de lectura muy agradable, junta caracteres y describe países con sumo acierto, y en sus producciones ni el hombre ni la sociedad resultan repugnantes. Su novela *El alma de Pedro*—correctamente traducida

al castellano y elegantemente impresa—encanta por su misma sencillez y se lee con especial deleite. Alguien la tachará de un tanto romántica; pero más vale el romanticismo, que eleva el alma á las puras regiones de lo sublime, que ese mal llamado *naturalismo*, que parece se propone confundir al hombre con la bestia.

*
* *

Observatorio astronómico.—Este importante centro, tan sabiamente dirigido por D. Miguel Merino, acaba de publicar las dos importantes obras siguientes:

Observaciones meteorológicas efectuadas en el Observatorio de Madrid durante los años 1888 y 1889.

Resumen de las observaciones meteorológicas efectuadas en la Península y sus islas adyacentes durante el año de 1886.

Para la ordenación de ambos útiles volúmenes se ha necesitado de muy paciente labor, por la que merecen mil plácemes los inteligentísimos astrónomos D. Carlos Puente y don Antonio Vela.

*
* *

Otras publicaciones.

La tierra de María Santísima. Perspectivas y costumbres andaluzas descritas por Benito Mas y Prat. Obra de lujo, ilustrada con cuadros y viñetas por J. García y Ramos.—Los editores, Sucesores de N. Ramírez y Compañía, han repartido los cuadernos 32 y 33 de esta preciosa y elegante producción.

Diccionario enciclopédico hispano-americano de literatura, ciencias y artes. Barcelona, Montaner y Simón, editores.—Han salido a luz los cuadernos 159 á 162 de esta importantísima obra. Contienen multitud de figuras intercaladas en el texto y gran número de artículos concienzudamente escritos.

Historia general de España. Madrid, El Progreso Editorial. Cuadernos 8.º y 9.º—Prosigue la notabilísima descripción que hacen los Sres. Rada y Vilanova, eximios arqueólogos é historiadores, y adorna el texto una lámina artísticamente dibujada.

R.